

ANNEXES

Table of annexes

ANNEXES.....	1
<i>Annex 1</i>	3
Consent form	3
<i>Annex 2</i>	8
Biographical information	8
Experimental group.....	8
Control group	9
<i>Annex 3</i>	10
Parallel corpus	10
Text 1: Barack Obama: <i>Thank you so much</i>	10
Text 2: <i>Obama's Inaugural Address: The Full Text</i>	21
Text 3: <i>Barack Obama. Noble prize speech</i>	26
Text 4: <i>Discurso de toma de posesión del presidente Barack Obama</i>	35
Text 5: <i>Discurso de Barack Obama</i>	41
Text 6: <i>EL PRESIDENTE: Sus Majestades, Sus Altezas Reales, distinguidos miembros del Comité Nobel de Noruega, ciudadanos de Estados Unidos y ciudadanos del mundo:</i>	52
<i>Annex 4</i>	62
Metaphorical and non metaphorical contexts.	62
<i>Annex 5</i>	66
Metaphorical and non metaphorical contexts with manipulated translations.	66
<i>Annex 6</i>	69
Material for qualification by the panel of experts.	69
<i>Annex 7</i>	74
The material to introduce in the machine.	74
<i>Annex 8</i>	77
Interview	77

Annex 1

Consent form

CONSENTIMIENTO PARA PARTICIPAR EN UN ESTUDIO DE INVESTIGACIÓN SOBRE

“Changes the Translator Experiences within the Cognitive Process in a Translation Task of Metaphorical and Non Metaphorical Contexts Using Event-Related Potentials”

**MAESTRIA EN TRADUCCIÓN, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
MANIZALES, MANIZALES, CALDAS.**

**GRUPO DE NEUROCIENCIAS DE ANTIOQUIA, UNIVERSIDAD DE
ANTIOQUIA, MEDELLIN COLOMBIA**

Investigadores: Dra. Francia Restrepo de Mejía, Dra. María Mercedes Suárez de la torre, Kevin P. Guzzo. Mónica Naranjo Ruiz.

1. Usted con su consentimiento acepta participar de manera voluntaria en el proyecto sobre el proceso cognitivo del traductor registrado con potenciales evocados cognitivos, el cual se ha venido desarrollando en la línea de investigación de traducción y procesos cognitivos, de la maestría en traducción. Ha sido escogido para invitarlo a participar en un aspecto particular del proyecto que consiste en estudio de EEG, mapeo cerebral y PECs mientras realiza algunas tareas diseñadas para controlar ciertas actividades mentales.

Algunos aspectos generales que usted debe saber acerca de los estudios de investigación.

Los estudios de investigación son diseñados para ganar conocimiento científico que puede ser útil a otras personas en el futuro. Usted puede no recibir ningún beneficio directo por su participación.

Su participación es voluntaria. Usted puede rehusarse a participar, o puede retirar su consentimiento en cualquier estudio en cualquier momento y por cualquier motivo, sin

poner en peligro su atención futura en esta institución o su relación con su médico tratante. Si usted es un paciente con una enfermedad, usted no tiene que participar en investigación con el fin de recibir tratamiento.

¿Cuál es el propósito de este estudio?

Identificar los cambios presentados en el traductor y en el no traductor cuando se realiza una tarea específica que involucra contextos cortos en inglés y su traducción al español. Para la identificación de estos cambios se usará los registros de las ondas.

Se han descrito algunas alteraciones sutiles en el funcionamiento eléctrico del cerebro en reposo, además de modificaciones en algunas ondas cerebrales que se generan durante algunas actividades mentales espontáneas o dirigidas por el examinador, las cuales pueden ser registrados usando aparatos de EEG y de PECs, especialmente cuando se realizan tareas de vigilancia continua, de esfuerzo cognitivo o de detección de señales en conflicto.

¿Cuántos individuos participaran en este estudio?

Si usted decide participar, usted será uno de los aproximadamente 10- a 12 sujetos en este estudio de investigación.

¿Cuánto tiempo dura su participación?

Su participación en este estudio durará aproximadamente 120 minutos que es el tiempo requerido para hacer el registro del EEG y de PECs. Su participación terminará una vez el estudio de EEG y de potenciales relacionados con eventos se haya completado.

¿Qué sucederá si usted toma parte de este estudio?

Para el registro del EEG y de PECs usted deberá estar completamente despierto, descansado, tranquilo y en condiciones optimas para desarrollar actividades mentales eficientes. Por lo cual se procurará tener un ambiente tranquilo y relajado durante los registros. Se le colocarán electrodos o una especie de casco de goma con electrodos, los cuales se fijarán a la piel del cráneo con un gel conductor, el cual no produce ningún daño al cuero cabelludo. Usted deberá tener la cabeza bien limpia y seca, para lo cual se aconseja hacer un lavado con champú en la mañana del día del examen.

Usted deberá permanecer quieto sentado en una silla *reclinomatic*, y frente a la pantalla de un computador, y siguiendo las instrucciones del profesional experto en estos exámenes durante aproximadamente una hora.

¿Hay alguna razón para que Usted no participe?

Para el examen de EEG y PECs la única contraindicación es la incapacidad para colaborar siguiendo las instrucciones del examinador.

¿Cuáles son los posibles riesgos o incomodidades?

La máquina de registro de electroencefalografía y PECs es un amplificador de señales provenientes de su cerebro. No emite ni transmite ningún tipo de energía a su cuerpo. Está aislado eléctricamente mediante una adecuada conexión a tierra para evitar accidentes como choques eléctricos a su cuerpo.

Las señales son procesadas en un computador, el cual tampoco genera ningún tipo de riesgo para el examinado. Las tareas de control experimental de la actividad mental son ejercicios diseñados en computador en un formato similar a los juegos de video, las cuales tienen como objetivo medir la velocidad de la actividad cognitiva, la capacidad de hacer esfuerzos mentales, las habilidades para detener o activar una respuesta y la tolerancia al esfuerzo mental sostenido en presencia de estímulos de motivación o no. Las incomodidades que presenta el examen están en relación con el tiempo que demora el examen y la quietud que debe mantenerse durante los registros.

Excepcionalmente podría haber riesgos no reconocidos previamente, que pueden ocurrir.

¿Cuáles son los posibles beneficios?

Es posible que usted no reciba ningún beneficio directo por la participación. Sin embargo su colaboración en la investigación puede proporcionarnos conocimientos que ayuden a otras personas en el futuro.

¿Qué sucederá si nosotros encontramos nuevos riesgos durante el estudio?

A usted se le informará cualquier hallazgo nuevo significativo desarrollado durante el curso de la investigación que pueda afectar su voluntad de participar en este estudio.

¿Cómo será protegida su privacidad?

Ningún individuo será identificado en ningún reporte o publicación acerca de este estudio. El grupo de la maestría en traducción de la universidad Autónoma de Manizales y el grupo Neurociencias de la Universidad de Antioquia tomaran todas las medidas para proteger la privacidad de la información personal.

¿Le costará algo participar en este estudio?

A usted no se le cobrará por el estudio de EEG ni de PECs realizados. Sólo tiene que disponer de un tiempo para asistir al laboratorio de Neurociencias de la Sede de investigaciones de la Universidad de Antioquia (SIU).

¿Quién está financiando este estudio?

Esta investigación no recibe ninguna financiación de ninguna entidad externa. Esta investigación está inscrita en el marco de la maestría en traducción de la Universidad Autónoma de Manizales.

¿Qué sucede si usted decide terminar su participación antes de que su parte en el estudio se haya completado?

Usted puede retirarse del estudio en cualquier momento que usted lo desee. Los investigadores también tienen el derecho de suspender su participación en cualquier momento. Esto puede ser porque usted ha tenido una reacción inesperada o no ha seguido las instrucciones o porque todo el estudio ha sido suspendido.

¿Qué sucede si usted tiene preguntas acerca de este estudio?

Usted tiene la oportunidad de preguntar y obtener todas las respuestas a sus preguntas sobre esta investigación. Si usted tiene otras preguntas relacionadas con la investigación, usted puede contactar a los estudiantes de maestría Kevin P. Guzzo kevinguzzo@gmail.com o Mónica Naranjo Ruiz mnrui2009@gmail.com.

Acuerdo del sujeto:

Yo he leído la información proporcionada previamente. Voluntariamente acepto participar en este estudio.

En constancia, firmo este documento de Consentimiento informado, en presencia del doctor _____ y dos testigos, en la

ciudad de _____ el día _____ del mes de _____ del
año _____.

Nombre, firma y documento de identidad del paciente:

Nombre _____ Firma _____

Cédula de Ciudadanía #: _____ de: _____

Nombre, firma y documento de identidad del Investigador

Nombre _____ Firma _____

Cédula de Ciudadanía #: _____ de: _____

Nombre, firma y documento de identidad del Testigo Número 1

Nombre _____ Firma _____

Cédula de _____ de _____ Ciudadanía
#: _____ de: _____

Annex 2**Biographical information****Experimental group****Personal information**

Last name _____ Name _____

ID number _____.

Date of birth Month _____ day _____ year _____ Age _____

Home number _____ office number _____ cell phone _____

E-mail _____

Address _____

Place of work _____

Academic information

Profession _____

University degree _____

Master's degree _____

PhD degree _____

Degree in translation Yes _____ No _____

Currently studying a career on translation: Yes _____ No _____

Experience as a translator 1-5 years _____ 6-10 years _____ more than 10 years _____

Which language combination do you translate the most?

English to Spanish _____ Spanish to English _____

French to Spanish _____ Spanish to French _____

Another _____ Specify _____

How many hours do you translate a week? _____

Have you ever lived in an English speaking country Yes _____ No _____

How long _____

If you have lived in another country whose language is not English or Spanish please specify. _____

Health information

Dominant hand right _____ left _____

Signature _____

Control group

Personal information

Last name _____ Name _____

ID number _____.

Date of birth Month _____ day _____ year _____ Age _____

Home number _____ office number _____ cell phone _____

E-mail _____

Address _____

Place of work _____

Academic information

Profession _____

University degree _____

Master's degree _____

PhD degree _____

When did you start learning English? _____

Age _____

How long have you studied English? 1-5 years ___ 5-10 years ___ more than 10 years

Have you ever lived in an English speaking country Yes _____ No _____

How long _____

Different country _____

Health information

Dominant hand right _____ left _____

Signature _____

Annex 3

Parallel corpus

Text 1: Barack Obama: *Thank you so much.*

(APPLAUSE)

Thank you very much.

(APPLAUSE)

Thank you, everybody.

To -- to Chairman Dean and my great friend Dick Durbin, and to all my fellow citizens of this great nation, with profound gratitude and great humility, I accept your nomination for presidency of the United States.

(APPLAUSE)

Let me -- let me express -- let me express my thanks to the historic slate of candidates who accompanied me on this journey, and especially the one who traveled the farthest, a champion for working Americans and an inspiration to my daughters and to yours, Hillary Rodham Clinton.

(APPLAUSE)

To President Clinton, to President Bill Clinton, who made last night the case for change as only he can make it...

(APPLAUSE)

... to Ted Kennedy, who embodies the spirit of service...

(APPLAUSE)

... and to the next vice president of the United States, Joe Biden, I thank you.

(APPLAUSE)

I am grateful to finish this journey (ST) with one of the finest statesmen of our time, a man at ease with everyone from world leaders to the conductors on the Amtrak train he still takes home every night.

To the love of my life, our next first lady, Michelle Obama...

(APPLAUSE)

... and to Malia and Sasha, I love you so much, and I am so proud of you.

(APPLAUSE)

Four years ago, I stood before you and told you my story, of the brief union between a young man from Kenya and a young woman from Kansas who weren't well-off or well-known, but shared (ON) a belief that in America their son could achieve whatever he put his mind to.

It is that promise that's always set this country apart, that through hard work and sacrifice each of us can pursue our individual dreams, but still come together as one American family, to ensure that the next generation can pursue their dreams, as well. That's why I stand here tonight. Because for 232 years, at each moment when that promise was in jeopardy, ordinary men and women -- students and soldiers, farmers and teachers, nurses and janitors -- found the courage to keep it alive.

We meet at one of those defining moments, a moment when our nation is at war, our economy is in turmoil, and the American promise has been threatened once more.

Tonight, more Americans are out of work and more are working harder for less. More of you have lost your homes and even more are watching your home values plummet. More of you have cars you can't afford to drive, credit cards, bills you can't afford to pay, and tuition that's beyond your reach (ST).

These challenges are not all of government's making. But the failure to respond is a direct result of a broken politics in Washington and the failed policies of George W. Bush.

(APPLAUSE)

America, we are better than these last eight years. We are a better country than this.

(APPLAUSE)

This country is more decent than one where a woman in Ohio, on the brink (ON ?ST) of retirement, finds herself one illness away from disaster after a lifetime of hard work.

We're a better country than one where a man in Indiana has to pack up the equipment that he's worked on for 20 years and watch as it's shipped off to China, and then chokes up as he explains how he felt like a failure when he went home to tell his family the news.

We are more compassionate than a government that lets veterans sleep on our streets and families slide into poverty (ON)

(APPLAUSE)

... that sits...

(APPLAUSE)

... that sits on its hands (P) while a major American city drowns before our eyes.

(APPLAUSE)

Tonight, tonight, I say to the people of America, to Democrats and Republicans and independents across this great land: Enough. This moment

(APPLAUSE)

This moment, this moment, this election is our chance to keep, in the 21st century, the American promise alive.

Because next week, in Minnesota, the same party that brought you two terms of George Bush and Dick Cheney will ask this country for a third.

(AUDIENCE BOOS)

And we are here -- we are here because we love this country too much to let the next four years look just like the last eight.

(APPLAUSE)

On November 4th, on November 4th, we must stand up and say: Eight is enough.

(APPLAUSE)

Now, now, let me -- let there be no doubt. The Republican nominee, John McCain, has worn the uniform of our country with bravery and distinction, and for that we owe him our gratitude and our respect.

(APPLAUSE)

And next week, we'll also hear about those occasions when he's broken with his party as evidence that he can deliver the change that we need.

But the record's clear: John McCain has voted with George Bush 90 percent of the time.

Senator McCain likes to talk about judgment, but, really, what does it say about your judgment when you think George Bush has been right more than 90 percent of the time?

(APPLAUSE)

I don't know about you, but I am not ready to take a 10 percent chance on change.

(APPLAUSE)

The truth is, on issue after issue that would make a difference in your lives -- on health care, and education, and the economy -- Senator McCain has been anything but independent.

He said that our economy has made great progress under this president. He said that the fundamentals of the economy are strong (ON).

And when one of his chief advisers, the man who wrote his economic plan, was talking about the anxieties that Americans are feeling, he said that we were just suffering from a mental recession and that we've become, and I quote, "a nation of whiners."

(AUDIENCE BOOS) A nation of whiners? Tell that to the proud auto workers at a Michigan plant who, after they found out it was closing, kept showing up every day and working as hard as ever, because they knew there were people who counted on the brakes that they made.

Tell that to the military families who shoulder (ON ST) their burdens silently as they watch their loved ones leave for their third, or fourth, or fifth tour of duty.

These are not whiners. They work hard, and they give back, and they keep going without complaint. These are the Americans I know.

(APPLAUSE)

Now, I don't believe that Senator McCain doesn't care what's going on in the lives of Americans; I just think he doesn't know.

(LAUGHTER)

Why else would he define middle-class as someone making under \$5 million a year? How else could he propose hundreds of billions in tax breaks for big corporations and oil companies, but not one penny of tax relief to more than 100 million Americans?

How else could he offer a health care plan that would actually tax people's benefits, or an education plan that would do nothing to help families pay for college, or a plan that would privatize Social Security and gamble your retirement?

(AUDIENCE BOOS)

It's not because John McCain doesn't care; it's because John McCain doesn't get it.

(APPLAUSE)

For over two decades -- for over two decades, he's subscribed to that old, discredited Republican philosophy: Give more and more to those with the most and hope that prosperity trickles down (ON ?ST) to everyone else.

In Washington, they call this the "Ownership Society," but what it really means is that you're on your own. Out of work? Tough luck, you're on your own. No health care? The market will fix it. You're on your own. Born into poverty (ON)? Pull yourself up by your own bootstraps, even if you don't have boots. You are on your own.

(APPLAUSE)

Well, it's time for them to own their failure. It's time for us to change America. And that's why I'm running for president of the United States.

(APPLAUSE)

You see, you see, we Democrats have a very different measure of what constitutes progress in this country.

We measure progress by how many people can find a job that pays the mortgage, whether you can put a little extra money away at the end of each month so you can someday watch your child receive her college diploma.

We measure progress in the 23 million new jobs that were created when Bill Clinton was president.

(APPLAUSE)

...when the average American family saw its income go up \$7,500 instead of go down \$2,000, like it has under George Bush. (APPLAUSE)

We measure the strength (ON) of our economy not by the number of billionaires we have or the profits of the Fortune 500, but by whether someone with a good idea can take a risk and start a new business, or whether the waitress who lives on tips can take a day off and look after a sick kid without losing her job, an economy that honors (P) the dignity of work.

The fundamentals we use to measure economic strength (ON) are whether we are living up to that fundamental promise that has made this country great, a promise that is the only reason I am standing here tonight.

Because, in the faces of those young veterans who come back from Iraq and Afghanistan, I see my grandfather, who signed up after Pearl Harbor, marched in Patton's army, and was rewarded by a grateful nation with the chance to go to college on the G.I. Bill.

In the face of that young student, who sleeps just three hours before working the night shift, I think about my mom, who raised my sister and me on her own while she worked and earned her degree, who once turned to food stamps, but was still able to send us to the best schools in the country with the help of student loans and scholarships.

(APPLAUSE)

When I -- when I listen to another worker tell me that his factory has shut down, I remember all those men and women on the South Side of Chicago who I stood by and fought for two decades ago after the local steel plant closed.

And when I hear a woman talk about the difficulties of starting her own business or making her way in the world, I think about my grandmother, who worked her way up

from the secretarial pool to middle management, despite years of being passed over (OR) for promotions because she was a woman.

She's the one who taught me about hard work. She's the one who put off buying a new car or a new dress for herself so that I could have a better life. She poured (ON) everything she had into me. And although she can no longer travel, I know that she's watching tonight and that tonight is her night, as well.

(APPLAUSE)

Now, I don't know what kind of lives John McCain thinks that celebrities lead, but this has been mine.

(APPLAUSE)

These are my heroes; theirs are the stories that shaped (ON) my life. And it is on behalf of them that I intend to win this election and keep our promise alive as president of the United States.

(APPLAUSE)

What -- what is that American promise? It's a promise that says each of us has the freedom to make (ON?) of our own lives what we will, but that we also have obligations to treat each other with dignity and respect.

It's a promise that says the market should reward drive and innovation and generate growth, but that businesses should live up to their responsibilities to create American jobs, to look out for American workers, and play by the rules of the road.

Ours -- ours is a promise that says government cannot solve all our problems, but what it should do is that which we cannot do for ourselves: protect us from harm and provide every child a decent education; keep our water clean and our toys safe; invest in new schools, and new roads, and science, and technology.

Our government should work for us, not against us. It should help us, not hurt us. It should ensure opportunity not just for those with the most money and influence, but for every American who's willing to work.

That's the promise of America, the idea that we are responsible for ourselves, but that we also rise or fall (OR) as one nation, the fundamental belief that I am my brother's keeper, I am my sister's keeper.

That's the promise we need to keep. That's the change we need right now.

(APPLAUSE)

So -- so let me -- let me spell out exactly what that change would mean if I am president.

(APPLAUSE)

Change means a tax code that doesn't reward the lobbyists who wrote it, but the American workers and small businesses who deserve it.

(APPLAUSE)

You know, unlike John McCain, I will stop giving tax breaks to companies that ship jobs overseas, and I will start giving them to companies that create good jobs right here in America.

(APPLAUSE)

I'll eliminate capital gains taxes for the small businesses and start-ups that will create the high-wage, high-tech jobs of tomorrow.

(APPLAUSE)

I will -- listen now -- I will cut taxes (ON) -- cut taxes -- for 95 percent of all working families, because, in an economy like this, the last thing we should do is raise (OR) taxes on the middle class.

(APPLAUSE)

And for the sake of our economy, our security, and the future of our planet, I will set a clear goal as president: In 10 years, we will finally end our dependence on oil from the Middle East.

(APPLAUSE)

We will do this. Washington -- Washington has been talking about our oil addiction for the last 30 years. And, by the way, John McCain has been there for 26 of them.

(LAUGHTER)

And in that time, he has said no to higher fuel-efficiency standards for cars, no to investments in renewable energy, no to renewable fuels. And today, we import triple the amount of oil than we had on the day that Senator McCain took office.

Now is the time to end this addiction and to understand that drilling is a stop-gap measure, not a long-term solution, not even close.

(APPLAUSE)

As president, as president, I will tap our natural gas reserves, invest in clean coal technology, and find ways to safely harness nuclear power. I'll help our auto companies re-tool, so that the fuel-efficient cars of the future are built right here in America.

(APPLAUSE)

I'll make it easier for the American people to afford these new cars.

OBAMA: And I'll invest \$150 billion over the next decade in affordable, renewable sources of energy -- wind power, and solar power (OTCBB:SOPW) , and the next generation of biofuels -- an investment that will lead to new industries and 5 million new jobs that pay well and can't be outsourced.

(APPLAUSE)

America, now is not the time for small plans. Now is the time to finally meet our moral obligation to provide every child a world-class education, because it will take nothing less to compete in the global economy.

You know, Michelle and I are only here tonight because we were given a chance at an education. And I will not settle for an America where some kids don't have that chance.

(APPLAUSE)

I'll invest in early childhood education. I'll recruit an army of new teachers, and pay them higher salaries, and give them more support. And in exchange, I'll ask for higher standards and more accountability.

And we will keep our promise to every young American: If you commit to serving your community or our country, we will make sure you can afford a college education.

(APPLAUSE)

Now -- now is the time to finally keep the promise of affordable, accessible health care for every single American.

(APPLAUSE)

If you have health care -- if you have health care, my plan will lower your premiums. If you don't, you'll be able to get the same kind of coverage that members of Congress give themselves.

(APPLAUSE)

And -- and as someone who watched my mother argue with insurance companies while she lay in bed dying of cancer, I will make certain those companies stop discriminating against those who are sick and need care the most.

(APPLAUSE)

Now is the time to help families with paid sick days and better family leave, because nobody in America should have to choose between keeping their job and caring for a sick child or an ailing parent.

Now is the time to change our bankruptcy laws, so that your pensions are protected ahead of CEO bonuses, and the time to protect Social Security for future generations.

And now is the time to keep the promise of equal pay for an equal day's work, because I want my daughters to have the exact same opportunities as your sons.

(APPLAUSE)

Now, many of these plans will cost money, which is why I've laid out how I'll pay for every dime: by closing corporate loopholes and tax havens that don't help America grow.

But I will also go through the federal budget line by line, eliminating programs that no longer work and making the ones we do need work better and cost less, because we cannot meet 21st-century challenges with a 20th-century bureaucracy.

(APPLAUSE)

And, Democrats, Democrats, we must also admit that fulfilling America's promise will require more than just money. It will require a renewed sense of responsibility from each of us to recover what John F. Kennedy called our intellectual and moral strength.

Yes, government must lead on energy independence, but each of us must do our part to make our homes and businesses more efficient.

(APPLAUSE)

Yes, we must provide more ladders to success (ON) for young men who fall into lives of crime and despair. But we must also admit that programs alone can't replace parents, that government can't turn off the television and make a child do her homework, that fathers must take more responsibility to provide love and guidance to their children.

Individual responsibility and mutual responsibility, that's the essence (ON) of America's promise. And just as we keep our promise to the next generation here at home, so must we keep America's promise abroad.

If John McCain wants to have a debate about who has the temperament and judgment to serve as the next commander-in-chief, that's a debate I'm ready to have.

(APPLAUSE)

For -- for while -- while Senator McCain was turning his sights to Iraq just days after 9/11, I stood up and opposed this war, knowing that it would distract us from the real threats that we face.

When John McCain said we could just muddle through in Afghanistan, I argued for more resources and more troops to finish the fight against the terrorists who actually attacked us on 9/11, and made clear that we must take out Osama bin Laden and his lieutenants if we have them in our sights.

You know, John McCain likes to say that he'll follow bin Laden to the gates of Hell, but he won't even follow him to the cave where he lives.

(APPLAUSE)

And today, today, as my call for a timeframe to remove our troops from Iraq has been echoed by the Iraqi government and even the Bush administration, even after we learned that Iraq has \$79 billion in surplus while we are wallowing in deficit, John McCain stands alone in his stubborn refusal to end a misguided war.

That's not the judgment we need; that won't keep America safe. We need a president who can face the threats (ON) of the future, not keep grasping at the ideas of the past.

(APPLAUSE)

You don't defeat -- you don't defeat a terrorist network that operates in 80 countries by occupying Iraq. You don't protect Israel and deter Iran just by talking tough in Washington. You can't truly stand up for Georgia when you've strained (ON) our oldest alliances.

If John McCain wants to follow George Bush with more tough talk and bad strategy, that is his choice, but that is not the change that America needs.

(APPLAUSE)

We are the party of Roosevelt. We are the party of Kennedy. So don't tell me that Democrats won't defend this country. Don't tell me that Democrats won't keep us safe.

The Bush-McCain foreign policy has squandered (ST) the legacy that generations of Americans, Democrats and Republicans, have built, and we are here to restore (ON) that legacy.

(APPLAUSE)

As commander-in-chief, I will never hesitate to defend this nation, but I will only send our troops into harm's way with a clear mission and a sacred commitment to give them the equipment they need in battle and the care and benefits they deserve when they come home.

(APPLAUSE)

I will end this war in Iraq responsibly and finish the fight against Al Qaida and the Taliban in Afghanistan. I will rebuild our military to meet future conflicts, but I will also renew the tough (ON), direct diplomacy that can prevent Iran from obtaining nuclear weapons and curb Russian aggression.

I will build (ST) new partnerships to defeat the threats of the 21st century: terrorism and nuclear proliferation, poverty and genocide, climate change and disease.

And I will restore our moral standing so that America is once again that last, best hope for all who are called to the cause of freedom, who long for lives of peace, and who yearn for a better future.

(APPLAUSE)

These -- these are the policies I will pursue. And in the weeks ahead, I look forward to debating them with John McCain.

But what I will not do is suggest that the senator takes his positions for political purposes, because one of the things that we have to change in our politics is the idea that people cannot disagree without challenging each other's character and each other's patriotism.

(APPLAUSE)

The times are too serious, the stakes are too high (OR) for this same partisan playbook. So let us agree that patriotism has no party. I love this country, and so do you, and so does John McCain.

The men and women who serve in our battlefields may be Democrats and Republicans and independents, but they have fought together, and bled together, and some died together under the same proud flag. They have not served a red America or a blue America; they have served the United States of America.

(APPLAUSE)

So I've got news for you, John McCain: We all put our country first.

(APPLAUSE)

America, our work will not be easy. The challenges we face require tough (ON) choices. And Democrats, as well as Republicans, will need to cast off the worn-out (ON) ideas and politics of the past, for part of what has been lost these past eight years can't just be measured by lost wages or bigger trade deficits. What has also been lost is our sense of common purpose, and that's what we have to restore.

We may not agree on abortion, but surely we can agree on reducing the number of unwanted pregnancies in this country.

(APPLAUSE)

The -- the reality of gun ownership may be different for hunters in rural Ohio than they are for those plagued (ST) by gang violence in Cleveland, but don't tell me we can't uphold the Second Amendment while keeping AK-47s out of the hands of criminals.

(APPLAUSE)

I know there are differences on same-sex marriage, but surely we can agree that our gay and lesbian brothers and sisters deserve to visit the person they love in a hospital and to live lives free of discrimination.

(APPLAUSE)

You know, passions may fly (ST) on immigration, but I don't know anyone who benefits when a mother is separated from her infant child or an employer undercuts (ON) American wages by hiring illegal workers.

But this, too, is part of America's promise, the promise of a democracy where we can find the strength and grace to bridge (ON) divides and unite in common effort.

I know there are those who dismiss such beliefs as happy talk. They claim that our insistence on something larger, something firmer, and more honest in our public life is just a Trojan horse (ON) for higher taxes and the abandonment of traditional values.

And that's to be expected, because if you don't have any fresh (ST) ideas, then you use stale tactics to scare voters.

(APPLAUSE)

If you don't have a record to run on, then you paint your opponent as someone people should run from. You make a big election about small things.

And you know what? It's worked before, because it feeds into the cynicism we all have about government. When Washington doesn't work, all its promises seem empty (ON). If your hopes have been dashed again and again, then it's best to stop hoping and settle for what you already know.

I get it. I realize that I am not the likeliest candidate for this office. I don't fit the typical pedigree, and I haven't spent my career in the halls of Washington.

But I stand before you tonight because all across America something is stirring (ON). What the naysayers don't understand is that this election has never been about me; it's about you.

(APPLAUSE)

It's about you.

(APPLAUSE)

For 18 long months, you have stood up, one by one, and said, "Enough," to the politics of the past. You understand that, in this election, the greatest risk we can take is to try the same, old politics with the same, old players and expect a different result.

You have shown what history teaches us, that at defining moments like this one, the change we need doesn't come from Washington. Change comes to Washington.

(APPLAUSE)

Change happens -- change happens because the American people demand it, because they rise up and insist on new ideas and new leadership, a new politics for a new time.

America, this is one of those moments.

I believe that, as hard as it will be, the change we need is coming, because I've seen it, because I've lived it.

Because I've seen it in Illinois, when we provided health care to more children and moved more families from welfare to work.

I've seen it in Washington, where we worked across party lines to open up government and hold lobbyists more accountable, to give better care for our veterans, and keep nuclear weapons out of the hands of terrorists.

And I've seen it in this campaign, in the young people who voted for the first time and the young at heart, those who got involved again after a very long time; in the Republicans who never thought they'd pick up a Democratic ballot, but did.

(APPLAUSE)

I've seen it -- I've seen it in the workers who would rather cut (ON) their hours back a day, even though they can't afford it, than see their friends lose their jobs; in the

soldiers who re-enlist after losing a limb; in the good neighbors who take a stranger in when a hurricane strikes and the floodwaters rise.

You know, this country of ours has more wealth than any nation, but that's not what makes us rich. We have the most powerful military on Earth, but that's not what makes us strong. Our universities and our culture are the envy of the world, but that's not what keeps the world coming to our shores.

Instead, it is that American spirit, that American promise, that pushes us forward even when the path is uncertain; that binds us together in spite of our differences; that makes us fix our eye not on what is seen, but what is unseen, that better place around the bend.

That promise is our greatest inheritance (ON). It's a promise I make to my daughters when I tuck them in at night and a promise that you make to yours, a promise that has led immigrants to cross oceans and pioneers to travel west, a promise that led workers to picket lines and women to reach for the ballot.

(APPLAUSE) And it is that promise that, 45 years ago today, brought Americans from every corner of this land to stand together on a Mall in Washington, before Lincoln's Memorial, and hear a young preacher from Georgia speak of his dream.

(APPLAUSE)

The men and women who gathered there could've heard many things. They could've heard words of anger and discord. They could've been told to succumb to the fear and frustrations of so many dreams deferred.

But what the people heard instead -- people of every creed and color, from every walk of life -- is that, in America, our destiny is inextricably linked (ON), that together our dreams can be one (ON).

"We cannot walk alone," the preacher cried. "And as we walk, we must make the pledge that we shall always march ahead. We cannot turn back."

America, we cannot turn back.

(APPLAUSE)

... not with so much work to be done; not with so many children to educate, and so many veterans to care for; not with an economy to fix, and cities to rebuild, and farms to save; not with so many families to protect and so many lives to mend.

America, we cannot turn back. We cannot walk alone.

At this moment, in this election, we must pledge once more to march into the future. Let us keep that promise, that American promise, and in the words of scripture hold firmly, without wavering, to the hope that we confess.

Thank you. God bless you. And God bless the United States of America.

Text 2: *Obama's Inaugural Address: The Full Text*

By Barack Obama Tuesday, Jan. 20, 2009

My fellow citizens: I stand here today humbled by the task before us, grateful for the trust you have bestowed, mindful of the sacrifices borne by our ancestors. I thank President Bush for his service to our nation, as well as the generosity and cooperation he has shown throughout this transition.

Forty-four Americans have now taken the presidential oath. The words have been spoken during rising tides of prosperity and the still waters of peace. Yet, every so often the oath is taken amidst gathering clouds and raging storms. At these moments, America has carried on not simply because of the skill or vision of those in high office, but because We, the People have remained faithful to the ideals of our forbearers, and true to our founding documents.

So it has been. So it must be with this generation of Americans.

That we are in the midst of crisis is now well understood. Our nation is at war, against a far-reaching network of violence and hatred. Our economy is badly weakened, a consequence of greed and irresponsibility on the part of some, but also our collective failure to make hard choices and prepare the nation for a new age. Homes have been lost; jobs shed; businesses shuttered. Our health care is too costly; our schools fail too many; and each day brings further evidence that the ways we use energy strengthen our adversaries and threaten our planet.

These are the indicators of crisis, subject to data and statistics. Less measurable but no less profound is a sapping of confidence across our land — a nagging fear that America's decline is inevitable, and that the next generation must lower its sights.

Today I say to you that the challenges we face are real. They are serious and they are many. They will not be met easily or in a short span of time. But know this, America — they will be met.

On this day, we gather because we have chosen hope over fear, unity of purpose over conflict and discord.

On this day, we come to proclaim an end to the petty grievances and false promises, the recriminations and worn out dogmas, that for far too long have strangled our politics.

We remain a young nation, but in the words of Scripture, the time has come to set aside childish things. The time has come to reaffirm our enduring spirit; to choose our better history; to carry forward that precious gift, that noble idea, passed on from generation to generation: the God-given promise that all are equal, all are free, and all deserve a chance to pursue their full measure of happiness.

In reaffirming the greatness of our nation, we understand that greatness is never a given. It must be earned. Our journey has never been one of short-cuts or settling for less. It has not been the path for the faint-hearted — for those who prefer leisure over work, or seek only the pleasures of riches and fame. Rather, it has been the risk takers, the doers, the makers of things — some celebrated but more often men and women obscure in their labor, who have carried us up the long, rugged path towards prosperity and freedom.

For us, they packed up their few worldly possessions and traveled across oceans in search of a new life.

For us, they toiled in sweatshops and settled the West; endured the lash of the whip and plowed the hard earth.

For us, they fought and died, in places like Concord and Gettysburg; Normandy and Khe Sanh.

Time and again these men and women struggled and sacrificed and worked till their hands were raw so that we might live a better life. They saw America as bigger than the sum of our individual ambitions; greater than all the differences of birth or wealth or faction.

This is the journey we continue today. We remain the most prosperous, powerful nation on Earth. Our workers are no less productive than when this crisis began. Our minds are no less inventive, our goods and services no less needed than they were last week or last month or last year. Our capacity remains undiminished. But our time of standing pat, of protecting narrow interests and putting off unpleasant decisions — that time has surely passed. Starting today, we must pick ourselves up, dust ourselves off, and begin again the work of remaking America.

For everywhere we look, there is work to be done. The state of the economy calls for action, bold and swift, and we will act — not only to create new jobs, but to lay a new foundation for growth.

We will build the roads and bridges, the electric grids and digital lines that feed our commerce and bind us together. We will restore science to its rightful place, and wield technology's wonders to raise health care's quality and lower its cost. We will harness the sun and the winds and the soil to fuel our cars and run our factories. And we will transform our schools and colleges and universities to meet the demands of a new age. All this we can do. And all this we will do.

Now, there are some who question the scale of our ambitions — who suggest that our system cannot tolerate too many big plans. Their memories are short. For they have forgotten what this country has already done; what free men and women can achieve when imagination is joined to common purpose, and necessity to courage.

What the cynics fail to understand is that the ground has shifted beneath them — that the stale political arguments that have consumed us for so long no longer apply. The question we ask today is not whether our government is too big or too small, but whether it works — whether it helps families find jobs at a decent wage, care they can afford, a retirement that is dignified. Where the answer is yes, we intend to move forward (ST). Where the answer is no, programs will end. And those of us who manage the public's dollars will be held to account — to spend wisely, reform bad habits, and do our business in the light of day — because only then can we restore the vital trust between a people and their government.

Nor is the question before us whether the market is a force for good or ill. Its power to generate wealth and expand freedom is unmatched, but this crisis has reminded us that without a watchful eye, the market can spin out of control — and that a nation cannot prosper long when it favors only the prosperous. The success of our economy has always depended not just on the size of our Gross Domestic Product, but on the reach of our prosperity; on our ability to extend opportunity to every willing heart — not out of charity, but because it is the surest route to our common good.

As for our common defense, we reject as false the choice between our safety and our ideals. Our Founding Fathers, faced with perils we can scarcely imagine, drafted a charter to assure the rule of law and the rights of man, a charter expanded by the blood of generations. Those ideals still light the world, and we will not give them up for expedience's sake. And so to all other peoples and governments who are watching today, from the grandest capitals to the small village where my father was born: know that America is a friend of each nation and every man, woman, and child who seeks a future of peace and dignity, and that we are ready to lead once more.

Recall that earlier generations faced down fascism and communism not just with missiles and tanks, but with sturdy alliances and enduring convictions. They understood that our power alone cannot protect us, nor does it entitle us to do as we please. Instead, they knew that our power grows through its prudent use; our security emanates from justness of our cause, the force of our example, the tempering qualities of humility and restraint.

We are the keepers of this legacy. Guided by these principles once more, we can meet those new threats that demand even greater effort — even greater cooperation and understanding between nations. We will begin to responsibly leave Iraq to its people, and forge a hard-earned peace in Afghanistan. With old friends and former foes, we will work tirelessly to lessen the nuclear threat, and roll back the specter of a warming planet. We will not apologize for our way of life, nor will we waver in its defense, and for those who seek to advance their aims by inducing terror and slaughtering innocents, we say to you now that our spirit is stronger and cannot be broken; you cannot outlast us, and we will defeat you.

For we know that our patchwork heritage is a strength, not a weakness. We are a nation of Christians and Muslims, Jews and Hindus — and nonbelievers. We are shaped

by every language and culture, drawn from every end of this Earth; and because we have tasted the bitter swill of civil war and segregation, and emerged from that dark chapter stronger and more united, we cannot help but believe that the old hatreds shall someday pass; that the lines of tribe shall soon dissolve; that as the world grows smaller, our common humanity shall reveal itself; and that America must play its role in ushering in a new era of peace.

To the Muslim world, we seek a new way forward, based on mutual interest and mutual respect. To those leaders around the globe who seek to sow conflict, or blame their society's ills on the West — know that your people will judge you on what you can build, not what you destroy. To those who cling to power through corruption and deceit and the silencing of dissent, know that you are on the wrong side of history; but that we will extend a hand if you are willing to unclench your fist.

To the people of poor nations, we pledge to work alongside you to make your farms flourish and let clean waters flow; to nourish starved bodies and feed hungry minds. And to those nations like ours that enjoy relative plenty, we say we can no longer afford indifference to suffering outside our borders; nor can we consume the world's resources without regard to effect. For the world has changed, and we must change with it.

As we consider the road that unfolds before us, we remember with humble gratitude those brave Americans who, at this very hour, patrol far-off deserts and distant mountains. They have something to tell us today, just as the fallen heroes who lie in Arlington whisper through the ages. We honor them not only because they are guardians of our liberty, but because they embody the spirit of service; a willingness to find meaning in something greater than themselves. And yet, at this moment — a moment that will define a generation — it is precisely this spirit that must inhabit us all.

For as much as government can do and must do, it is ultimately the faith and determination of the American people upon which this nation relies. It is the kindness to take in a stranger when the levees break, the selflessness of workers who would rather cut their hours than see a friend lose their job which sees us through our darkest hours. It is the firefighter's courage to storm a stairway filled with smoke, but also a parent's willingness to nurture a child, that finally decides our fate.

Our challenges may be new. The instruments with which we meet them may be new. But those values upon which our success depends — hard work and honesty, courage and fair play, tolerance and curiosity, loyalty and patriotism — these things are old. These things are true. They have been the quiet force of progress throughout our history. What is demanded then is a return to these truths. What is required of us now is a new era of responsibility — a recognition, on the part of every American, that we have duties to ourselves, our nation, and the world, duties that we do not grudgingly accept but rather seize (ON) gladly, firm in the knowledge that there is nothing so satisfying to the spirit, so defining of our character, than giving our all to a difficult task.

This is the price and the promise of citizenship.

This is the source of our confidence — the knowledge that God calls on us to shape an uncertain destiny.

This is the meaning of our liberty and our creed — why men and women and children of every race and every faith can join in celebration across this magnificent mall, and why a man whose father less than sixty years ago might not have been served at a local restaurant can now stand before you to take a most sacred oath.

So let us mark this day with remembrance, of who we are and how far we have traveled. In the year of America's birth, in the coldest of months, a small band of patriots huddled by dying campfires on the shores of an icy river. The capital was abandoned. The enemy was advancing. The snow was stained with blood. At a moment when the outcome of our revolution was most in doubt, the father of our nation ordered these words be read to the people: "Let it be told to the future world ... that in the depth of winter, when nothing but hope and virtue could survive ... that the city and the country, alarmed at one common danger, came forth to meet [it]."

America. In the face of our common dangers, in this winter of our hardship, let us remember these timeless words. With hope and virtue, let us brave once more the icy currents, and endure what storms may come. Let it be said by our children's children that when we were tested we refused to let this journey end, that we did not turn back nor did we falter; and with eyes fixed on the horizon and God's grace upon us, we carried forth that great gift of freedom and delivered it safely to future generations.

Text 3: *Barack Obama. Noble prize speech*

Your Majesties, Your Royal Highnesses, Distinguished Members of the Norwegian Nobel Committee, citizens of America, and citizens of the world:

I receive this honor with deep gratitude and great humility. It is an award that speaks to our highest aspirations - that for all the cruelty and hardship of our world, we are not mere prisoners of fate. Our actions matter, and can bend history in the direction of justice.

And yet I would be remiss if I did not acknowledge the considerable controversy that your generous decision has generated. In part, this is because I am at the beginning, and not the end, of my labors on the world stage. Compared to some of the giants of history who have received this prize - Schweitzer and King; Marshall and Mandela - my accomplishments are slight. And then there are the men and women around the world who have been jailed and beaten in the pursuit of justice; those who toil in humanitarian organizations to relieve suffering; the unrecognized millions whose quiet acts of courage and compassion inspire even the most hardened of cynics. I cannot argue with those who find these men and women - some known, some obscure to all but those they help - to be far more deserving of this honor than I.

But perhaps the most profound issue surrounding my receipt of this prize is the fact that I am the Commander-in-Chief of a nation in the midst of two wars. One of these wars is winding down. The other is a conflict that America did not seek; one in which we are joined by forty three other countries - including Norway - in an effort to defend ourselves and all nations from further attacks.

Still, we are at war, and I am responsible for the deployment of thousands of young Americans to battle in a distant land. Some will kill. Some will be killed. And so I come here with an acute sense of the cost of armed conflict – filled with difficult questions about the relationship between war and peace, and our effort to replace one with the other.

These questions are not new. War, in one form or another, appeared with the first man. At the dawn of history, its morality was not questioned; it was simply a fact, like drought or disease - the manner in which tribes and then civilizations sought power and settled their differences.

Over time, as codes of law sought to control violence within groups, so did philosophers, clerics, and statesmen seek to regulate the destructive power of war. The concept of a "just war" emerged, suggesting that war is justified only when it meets certain preconditions: if it is waged as a last resort or in self-defense; if the force used is proportional, and if, whenever possible, civilians are spared from violence.

For most of history, this concept of just war was rarely observed. The capacity of human beings to think up new ways to kill one another proved inexhaustible, as did our capacity to exempt from mercy those who look different or pray to a different God.

Wars between armies gave way to wars between nations - total wars in which the distinction between combatant and civilian became blurred. In the span of thirty years, such carnage would twice engulf this continent. And while it is hard to conceive of a cause more just than the defeat of the Third Reich and the Axis powers, World War II was a conflict in which the total number of civilians who died exceeded the number of soldiers who perished.

In the wake of such destruction, and with the advent of the nuclear age, it became clear to victor and vanquished alike that the world needed institutions to prevent another World War. And so, a quarter century after the United States Senate rejected the League of Nations - an idea for which Woodrow Wilson received this Prize - America led the world in constructing an architecture to keep the peace: a Marshall Plan and a United Nations, mechanisms to govern the waging of war, treaties to protect human rights, prevent genocide, and restrict the most dangerous weapons.

In many ways, these efforts succeeded. Yes, terrible wars have been fought, and atrocities committed. But there has been no Third World War. The Cold War ended with jubilant crowds dismantling a wall. Commerce has stitched much of the world together. Billions have been lifted from poverty. The ideals of liberty, self-determination, equality and the rule of law have haltingly advanced. We are the heirs of the fortitude and foresight of generations past, and it is a legacy for which my own country is rightfully proud.

A decade into a new century, this old architecture is buckling under the weight of new threats. The world may no longer shudder at the prospect of war between two nuclear superpowers, but proliferation may increase the risk of catastrophe. Terrorism has long been a tactic, but modern technology allows a few small men with outsized rage to murder innocents on a horrific scale.

Moreover, wars between nations have increasingly given way to wars within nations. The resurgence of ethnic or sectarian conflicts; the growth of secessionist movements, insurgencies, and failed states; have increasingly trapped civilians in unending chaos. In today's wars, many more civilians are killed than soldiers; the seeds of future conflict are sewn, economies are wrecked, civil societies torn asunder, refugees amassed, and children scarred.

I do not bring with me today a definitive solution to the problems of war. What I do know is that meeting these challenges will require the same vision, hard work, and persistence of those men and women who acted so boldly decades ago. And it will require us to think in new ways about the notions of just war and the imperatives of a just peace.

We must begin by acknowledging the hard truth that we will not eradicate violent conflict in our lifetimes. There will be times when nations - acting individually or in concert - will find the use of force not only necessary but morally justified.

I make this statement mindful of what Martin Luther King said in this same ceremony years ago - "Violence never brings permanent peace. It solves no social problem: it merely creates new and more complicated ones." As someone who stands here as a direct consequence of Dr. King's life's work, I am living testimony to the moral force of non-violence. I know there is nothing weak -nothing passive - nothing naïve - in the creed and lives of Gandhi and King.

But as a head of state sworn to protect and defend my nation, I cannot be guided by their examples alone. I face the world as it is, and cannot stand idle in the face of threats to the American people. For make no mistake: evil does exist in the world. A non-violent movement could not have halted Hitler's armies. Negotiations cannot convince al Qaeda's leaders to lay down their arms. To say that force is sometimes necessary is not a call to cynicism - it is a recognition of history; the imperfections of man and the limits of reason.

I raise this point because in many countries there is a deep ambivalence about military action today, no matter the cause. At times, this is joined by a reflexive suspicion of America, the world's sole military superpower.

Yet the world must remember that it was not simply international institutions - not just treaties and declarations - that brought stability to a post-World War II world. Whatever mistakes we have made, the plain fact is this: the United States of America has helped underwrite global security for more than six decades with the blood of our citizens and the strength of our arms. The service and sacrifice of our men and women in uniform has promoted peace and prosperity from Germany to Korea, and enabled democracy to take hold in places like the Balkans. We have borne this burden not because we seek to impose our will. We have done so out of enlightened self-interest - because we seek a better future for our children and grandchildren, and we believe that their lives will be better if other peoples' children and grandchildren can live in freedom and prosperity.

So yes, the instruments of war do have a role to play in preserving the peace. And yet this truth must coexist with another - that no matter how justified, war promises human tragedy. The soldier's courage and sacrifice is full of glory, expressing devotion to country, to cause and to comrades in arms. But war itself is never glorious, and we must never trumpet it as such.

So part of our challenge is reconciling these two seemingly irreconcilable truths - that war is sometimes necessary, and war is at some level an expression of human feelings. Concretely, we must direct our effort to the task that President Kennedy called for long ago. "Let us focus," he said, "on a more practical, more attainable peace, based

not on a sudden revolution in human nature but on a gradual evolution in human institutions."

What might this evolution look like? What might these practical steps be?

To begin with, I believe that all nations - strong and weak alike - must adhere to standards that govern the use of force. I - like any head of state - reserve the right to act unilaterally if necessary to defend my nation. Nevertheless, I am convinced that adhering to standards strengthens those who do, and isolates - and weakens - those who don't.

The world rallied around America after the 9/11 attacks, and continues to support our efforts in Afghanistan, because of the horror of those senseless attacks and the recognized principle of self-defense. Likewise, the world recognized the need to confront Saddam Hussein when he invaded Kuwait - a consensus that sent a clear message to all about the cost of aggression.

Furthermore, America cannot insist that others follow the rules of the road if we refuse to follow them ourselves. For when we don't, our action can appear arbitrary, and undercut the legitimacy of future intervention - no matter how justified.

This becomes particularly important when the purpose of military action extends beyond self defense or the defense of one nation against an aggressor. More and more, we all confront difficult questions about how to prevent the slaughter of civilians by their own government, or to stop a civil war whose violence and suffering can engulf an entire region. I believe that force can be justified on humanitarian grounds, as it was in the Balkans, or in other places that have been scarred by war. Inaction tears at our conscience and can lead to more costly intervention later. That is why all responsible nations must embrace the role that militaries with a clear mandate can play to keep the peace.

America's commitment to global security will never waiver. But in a world in which threats are more diffuse, and missions more complex, America cannot act alone. This is true in Afghanistan. This is true in failed states like Somalia, where terrorism and piracy is joined by famine and human suffering. And sadly, it will continue to be true in unstable regions for years to come.

The leaders and soldiers of NATO countries - and other friends and allies - demonstrate this truth through the capacity and courage they have shown in Afghanistan. But in many countries, there is a disconnect between the efforts of those who serve and the ambivalence of the broader public. I understand why war is not popular. But I also know this: the belief that peace is desirable is rarely enough to achieve it. Peace requires responsibility. Peace entails sacrifice. That is why NATO continues to be indispensable. That is why we must strengthen UN and regional peacekeeping, and not leave the task to a few countries. That is why we honor those

who return home from peacekeeping and training abroad to Oslo and Rome; to Ottawa and Sydney; to Dhaka and Kigali - we honor them not as makers of war, but as wagers of peace.

Let me make one final point about the use of force. Even as we make difficult decisions about going to war, we must also think clearly about how we fight it. The Nobel Committee recognized this truth in awarding its first prize for peace to Henry Dunant - the founder of the Red Cross, and a driving force behind the Geneva Conventions.

Where force is necessary, we have a moral and strategic interest in binding ourselves to certain rules of conduct. And even as we confront a vicious adversary that abides by no rules, I believe that the United States of America must remain a standard bearer in the conduct of war. That is what makes us different from those whom we fight. That is a source of our strength. That is why I prohibited torture. That is why I ordered the prison at Guantanamo Bay closed. And that is why I have reaffirmed America's commitment to abide by the Geneva Conventions. We lose ourselves when we compromise the very ideals that we fight to defend. And we honor those ideals by upholding them not just when it is easy, but when it is hard.

I have spoken to the questions that must weigh on our minds and our hearts as we choose to wage war. But let me turn now to our effort to avoid such tragic choices, and speak of three ways that we can build a just and lasting peace.

First, in dealing with those nations that break rules and laws, I believe that we must develop alternatives to violence that are tough enough to change behavior - for if we want a lasting peace, then the words of the international community must mean something. Those regimes that break the rules must be held accountable. Sanctions must exact a real price. Intransigence must be met with increased pressure - and such pressure exists only when the world stands together as one.

One urgent example is the effort to prevent the spread of nuclear weapons, and to seek a world without them. In the middle of the last century, nations agreed to be bound by a treaty whose bargain is clear: all will have access to peaceful nuclear power; those without nuclear weapons will forsake them; and those with nuclear weapons will work toward disarmament. I am committed to upholding this treaty. It is a centerpiece of my foreign policy. And I am working with President Medvedev to reduce America and Russia's nuclear stockpiles.

But it is also incumbent upon all of us to insist that nations like Iran and North Korea do not game the system. Those who claim to respect international law cannot avert their eyes when those laws are flouted. Those who care for their own security cannot ignore the danger of an arms race in the Middle East or East Asia. Those who seek peace cannot stand idly by as nations arm themselves for nuclear war.

The same principle applies to those who violate international law by brutalizing their own people. When there is genocide in Darfur; systematic rape in Congo; or repression in Burma - there must be consequences. And the closer we stand together, the less likely we will be faced with the choice between armed intervention and complicity in oppression.

This brings me to a second point - the nature of the peace that we seek. For peace is not merely the absence of visible conflict. Only a just peace based upon the inherent rights and dignity of every individual can truly be lasting.

It was this insight that drove drafters of the Universal Declaration of Human Rights after the Second World War. In the wake of devastation, they recognized that if human rights are not protected, peace is a hollow promise.

And yet all too often, these words are ignored. In some countries, the failure to uphold human rights is excused by the false suggestion that these are Western principles, foreign to local cultures or stages of a nation's development. And within America, there has long been a tension between those who describe themselves as realists or idealists - a tension that suggests a stark choice between the narrow pursuit of interests or an endless campaign to impose our values.

I reject this choice. I believe that peace is unstable where citizens are denied the right to speak freely or worship as they please; choose their own leaders or assemble without fear. Pent up grievances fester, and the suppression of tribal and religious identity can lead to violence. We also know that the opposite is true. Only when Europe became free did it finally find peace. America has never fought a war against a democracy, and our closest friends are governments that protect the rights of their citizens. No matter how callously defined, neither America's interests - nor the world's - are served by the denial of human aspirations.

So even as we respect the unique culture and traditions of different countries, America will always be a voice for those aspirations that are universal. We will bear witness to the quiet dignity of reformers like Aung Sang Suu Kyi; to the bravery of Zimbabweans who cast their ballots in the face of beatings; to the hundreds of thousands who have marched silently through the streets of Iran. It is telling that the leaders of these governments fear the aspirations of their own people more than the power of any other nation. And it is the responsibility of all free people and free nations to make clear to these movements that hope and history are on their side.

Let me also say this: the promotion of human rights cannot be about exhortation alone. At times, it must be coupled with painstaking diplomacy. I know that engagement with repressive regimes lacks the satisfying purity of indignation. But I also know that sanctions without outreach - and condemnation without discussion - can carry

forward a crippling status quo. No repressive regime can move down a new path unless it has the choice of an open door.

In light of the Cultural Revolution's horrors, Nixon's meeting with Mao appeared inexcusable - and yet it surely helped set China on a path where millions of its citizens have been lifted from poverty, and connected to open societies. Pope John Paul's engagement with Poland created space not just for the Catholic Church, but for labor leaders like Lech Walesa. Ronald Reagan's efforts on arms control and embrace of perestroika not only improved relations with the Soviet Union, but empowered dissidents throughout Eastern Europe. There is no simple formula here. But we must try as best we can to balance isolation and engagement; pressure and incentives, so that human rights and dignity are advanced over time.

Third, a just peace includes not only civil and political rights - it must encompass economic security and opportunity. For true peace is not just freedom from fear, but freedom from want.

It is undoubtedly true that development rarely takes root without security; it is also true that security does not exist where human beings do not have access to enough food, or clean water, or the medicine they need to survive. It does not exist where children cannot aspire to a decent education or a job that supports a family. The absence of hope can rot a society from within.

And that is why helping farmers feed their own people - or nations educate their children and care for the sick - is not mere charity. It is also why the world must come together to confront climate change. There is little scientific dispute that if we do nothing, we will face more drought, famine and mass displacement that will fuel more conflict for decades. For this reason, it is not merely scientists and activists who call for swift and forceful action - it is military leaders in my country and others who understand that our common security hangs in the balance.

Agreements among nations. Strong institutions. Support for human rights. Investments in development. All of these are vital ingredients in bringing about the evolution that President Kennedy spoke about. And yet, I do not believe that we will have the will, or the staying power, to complete this work without something more - and that is the continued expansion of our moral imagination; an insistence that there is something irreducible that we all share.

As the world grows smaller, you might think it would be easier for human beings to recognize how similar we are; to understand that we all basically want the same things; that we all hope for the chance to live out our lives with some measure of happiness and fulfillment for ourselves and our families.

And yet, given the dizzying pace of globalization, and the cultural leveling of modernity, it should come as no surprise that people fear the loss of what they cherish about their particular identities - their race, their tribe, and perhaps most powerfully their religion. In some places, this fear has led to conflict. At times, it even feels like we are moving backwards. We see it in Middle East, as the conflict between Arabs and Jews seems to harden. We see it in nations that are torn asunder by tribal lines.

Most dangerously, we see it in the way that religion is used to justify the murder of innocents by those who have distorted and defiled the great religion of Islam, and who attacked my country from Afghanistan. These extremists are not the first to kill in the name of God; the cruelties of the Crusades are amply recorded. But they remind us that no Holy War can ever be a just war. For if you truly believe that you are carrying out divine will, then there is no need for restraint - no need to spare the pregnant mother, or the medic, or even a person of one's own faith. Such a warped view of religion is not just incompatible with the concept of peace, but the purpose of faith - for the one rule that lies at the heart of every major religion is that we do unto others as we would have them do unto us.

Adhering to this law of love has always been the core struggle of human nature. We are fallible. We make mistakes, and fall victim to the temptations of pride, and power, and sometimes evil. Even those of us with the best intentions will at times fail to right the wrongs before us.

But we do not have to think that human nature is perfect for us to still believe that the human condition can be perfected. We do not have to live in an idealized world to still reach for those ideals that will make it a better place. The non-violence practiced by men like Gandhi and King may not have been practical or possible in every circumstance, but the love that they preached - their faith in human progress - must always be the North Star that guides us on our journey.

For if we lose that faith - if we dismiss it as silly or naïve; if we divorce it from the decisions that we make on issues of war and peace - then we lose what is best about humanity. We lose our sense of possibility. We lose our moral compass.

Like generations have before us, we must reject that future. As Dr. King said at this occasion so many years ago, "I refuse to accept despair as the final response to the ambiguities of history. I refuse to accept the idea that the 'isness' of man's present nature makes him morally incapable of reaching up for the eternal 'oughtness' that forever confronts him."

So let us reach for the world that ought to be - that spark of the divine that still stirs within each of our souls. Somewhere today, in the here and now, a soldier sees he's outgunned but stands firm to keep the peace. Somewhere today, in this world, a young protestor awaits the brutality of her government, but has the courage to march on.

Somewhere today, a mother facing punishing poverty still takes the time to teach her child, who believes that a cruel world still has a place for his dreams.

Let us live by their example. We can acknowledge that oppression will always be with us, and still strive for justice. We can admit the intractability of depravation, and still strive for dignity. We can understand that there will be war, and still strive for peace. We can do that - for that is the story of human progress; that is the hope of all the world; and at this moment of challenge, that must be our work here on Earth.

Text 4: *Discurso de toma de posesión del presidente Barack Obama*

<http://www.america.gov/st/usg-spanish/2009/January/20090121073521liameruoy0.5717432.html>

Jura al cargo el 20 de enero en Washington

El presidente de la Corte Suprema John Roberts administra el juramento de toma de posesión a Barack Obama, el 44° presidente de EE.UU.

“A todos los pueblos y gobiernos que nos observan hoy: sepan que Estados Unidos es amigo de todos los países y de todos los hombres, mujeres y niños que buscan un futuro de paz y dignidad, y que estamos listos para asumir el liderazgo una vez más”, dijo el presidente Obama en su discurso.

A continuación una traducción del discurso del presidente Obama:
(comienza la transcripción)

DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN DEL PRESIDENTE BARACK OBAMA

Martes 20 de enero de 2009

Washington D.C.

Compatriotas:

Me encuentro hoy aquí con humildad ante la tarea que enfrentamos, agradecido por la confianza que me ha sido otorgada, consciente de los sacrificios de nuestros antepasados. Agradezco al presidente Bush su servicio a nuestra nación, así como la generosidad y cooperación que ha demostrado a lo largo de esta transición.

Cuarenta y cuatro estadounidenses han tomado el juramento presidencial. Las palabras se han pronunciado durante las crecientes oleadas de prosperidad y las tranquilas aguas de la paz. Sin embargo, de vez en cuando el juramento se produce en momentos de nubarrones y tormentas furiosas. En esos momentos, Estados Unidos ha seguido adelante no solo por la habilidad o visión de quienes ocupan los altos cargos, sino porque nosotros, el pueblo, hemos permanecido fieles a los ideales de nuestros antepasados y a nuestros documentos fundacionales.

Así ha sido. Así debe ser con esta generación de estadounidenses.

Que estamos en medio de una crisis se sabe bien ahora. Nuestro país está en guerra contra una red de violencia y odio de gran alcance. Nuestra economía está muy debilitada, como consecuencia de la codicia y la irresponsabilidad de algunos, pero también por nuestro fracaso colectivo a la hora de tomar decisiones difíciles y de preparar al país para una nueva era. Se han perdido hogares y empleos y se han cerrado negocios. Nuestro sistema de salud es demasiado caro; nuestras escuelas han fallado a demasiados; y cada día aporta más pruebas de que la manera en que utilizamos la energía refuerza a nuestros adversarios y amenaza a nuestro planeta.

Esos son los indicadores de la crisis, según los datos y estadísticas. Menos fácil de medir, pero no por ello menos profundo es la socavación de confianza en el país, un

temor persistente de que el declive de Estados Unidos es inevitable y de que la próxima generación debe reducir sus expectativas.

Hoy les digo que los desafíos que afrontamos son reales, son serios y son muchos. No serán superados fácilmente o en un corto período de tiempo. Pero sepan esto, Estados Unidos: los superaremos.

En este día nos reunimos porque hemos elegido la esperanza sobre el miedo; la unidad de propósitos sobre el conflicto y la discordia.

En este día venimos a proclamar el fin de las quejas mezquinas y las falsas promesas, de las recriminaciones y los dogmas caducos que durante demasiado tiempo han estrangulado a nuestra política.

Seguimos siendo un país joven, pero según las palabras de las Escrituras, ha llegado el momento de dejar a un lado los infantilismos. Ha llegado el momento de reafirmar la resistencia de nuestro espíritu; de elegir nuestra mejor historia; de llevar adelante ese precioso don, esa noble idea, que ha pasado de generación a generación: la promesa divina de que todos son iguales, todos son libres y todos merecen la oportunidad de alcanzar la felicidad plena.

Al reiterar la grandeza de nuestra nación, entendemos que esa grandeza no es un regalo. Debe ganarse. Nuestro camino nunca ha sido de atajos o de conformarnos con menos. No ha sido un camino para los débiles de corazón, para aquellos que prefieren la diversión al trabajo, o que buscan solo los placeres de la riqueza y la fama. Más bien, ha sido para los que asumen riesgos, los que actúan, los que hacen cosas – algunos reconocidos, pero más a menudo hombres y mujeres desconocidos en su labor, los que nos han llevado por el largo y escarpado camino hacia la prosperidad y la libertad.

Por nosotros, recogieron sus pocas posesiones materiales y atravesaron océanos en busca de una nueva vida.

Por nosotros, trabajaron en condiciones infrahumanas y se asentaron en el oeste; soportaron el azote del látigo y araron la dura tierra.

Por nosotros, lucharon y murieron, en lugares como Concord y Gettysburg; Normandía y Khe Sahn.

Una y otra vez estos hombres y mujeres lucharon y se sacrificaron y trabajaron hasta ensangrentarse las manos, para que pudiéramos tener una vida mejor. Veían a Estados Unidos como algo más grande que la suma de nuestras ambiciones personales, más grande que todas las diferencias de nacimiento, riqueza o facción.

Éste es el viaje que continuamos hoy. Seguimos siendo la nación más próspera y poderosa de la Tierra. Nuestros trabajadores no son menos productivos que cuando comenzó esta crisis. Nuestras mentes no son menos creativas, nuestros bienes y servicios no son menos necesarios que la semana pasada, el mes pasado o el año pasado. Nuestra capacidad permanece intacta. Pero nuestro tiempo de mantenernos sin cambiar, de proteger intereses estrechos y de aplazar las decisiones desagradables, ese tiempo sin

duda ha pasado. A partir de hoy debemos levantarnos, sacudirnos el polvo y reanudar la tarea de rehacer Estados Unidos.

Porque allá donde miremos hay trabajo que hacer. El estado de la economía exige medidas audaces y rápidas, y actuaremos, no solo para crear nuevos empleos, sino también para sentar nuevos cimientos para el crecimiento. Construiremos carreteras y puentes, las redes eléctricas y las líneas digitales que alimentan nuestro comercio y nos mantienen unidos. Restauraremos la ciencia al lugar que le corresponde y aprovecharemos las maravillas de la tecnología para mejorar la calidad de la salud y reducir sus costos. Aprovecharemos el sol y el viento y la tierra como combustible para nuestros vehículos y nuestras fábricas. Y transformaremos nuestras escuelas, colegios y universidades para hacer frente a las necesidades de una nueva era. Todo esto lo podemos hacer. Y todo esto lo haremos.

Ahora bien, hay quienes cuestionan el alcance de nuestras ambiciones, quienes dicen que nuestro sistema no puede tolerar demasiados planes grandes. Su memoria es corta. Porque han olvidado lo que este país ya ha hecho; lo que hombres y mujeres libres pueden lograr cuando la imaginación se une al propósito común y la necesidad a la valentía.

Lo que no entienden los cínicos es que el terreno que pisan ha cambiado, que los viejos argumentos políticos que nos han consumido durante tanto tiempo ya no tienen validez.

La pregunta que nos hacemos hoy no es si nuestro gobierno es demasiado grande o pequeño, sino si funciona, si ayuda a las familias a encontrar empleos con salarios decentes, atención de la salud que pueden costear y una jubilación digna. Donde la respuesta es afirmativa, seguiremos adelante. Donde sea negativa, los programas se acabarán. Y aquellos de nosotros que manejamos el dinero público tendremos que rendir cuentas, gastar con sabiduría, cambiar los malos hábitos y hacer nuestro trabajo a la luz del día, porque solo así podremos restaurar la confianza vital entre un pueblo y su gobierno.

La cuestión tampoco es si el mercado es una fuerza del bien o del mal. Su poder para generar riqueza y ampliar la libertad no tiene rival, pero esta crisis nos ha recordado que sin un ojo vigilante, el mercado puede descontrolarse y que un país no puede prosperar durante mucho tiempo si favorece solo a los ricos. El éxito de nuestra economía ha dependido siempre no solo del tamaño de nuestro producto interior bruto, sino del alcance de nuestra prosperidad, de nuestra habilidad de ofrecer oportunidades a cada corazón dispuesto, no por caridad, sino porque es el camino más seguro hacia el bien común.

En cuanto a nuestra defensa común, rechazamos como falsa la opción entre nuestra seguridad y nuestros ideales. Nuestros padres fundadores, al enfrentar peligros que apenas podemos imaginar, redactaron una carta para garantizar el estado de derecho

y los derechos del hombre, una carta que se ha ampliado con la sangre de generaciones. Esos ideales todavía iluminan el mundo y no renunciaremos por conveniencia. Y a todos los pueblos y gobiernos que nos observan hoy, desde las grandes capitales hasta el pequeño pueblo donde nació mi padre: sepan que Estados Unidos es amigo de todos los países y de todos los hombres, mujeres y niños que buscan un futuro de paz y dignidad, y que estamos listos para asumir el liderazgo una vez más.

Recordemos que generaciones anteriores afrontaron el fascismo y el comunismo no solo con misiles y tanques, sino con sólidas alianzas y firmes convicciones. Comprendieron que nuestro poder por sí solo no puede protegernos ni nos da el derecho de hacer lo que queramos. Más bien, sabían que nuestro poder crece si lo usamos de forma prudente; que nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa, la fuerza de nuestro ejemplo y las cualidades atenuantes de la humildad y la moderación.

Somos los guardianes de este legado. Guiados por esos principios una vez más, podemos hacer frente a las nuevas amenazas que exigen aún mayor esfuerzo, aún mayor cooperación y entendimiento entre los países. Comenzaremos a dejar Iraq, de manera responsable, en manos de su pueblo, y forjar una paz duramente ganada en Afganistán. Con viejos amigos y antiguos enemigos trabajaremos incansablemente para disminuir la amenaza nuclear y hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta. No nos disculparemos por nuestro modo de vida, ni vacilaremos en su defensa, y para aquellos que pretenden lograr sus objetivos acudiendo al terrorismo y a la matanza de inocentes, les decimos que ahora nuestro espíritu es más fuerte y no puede romperse; no pueden perdurar más que nosotros les derrotaremos.

Porque sabemos que nuestro patrimonio multifacético es una fortaleza, no una debilidad. Somos una nación de cristianos y musulmanes, judíos e hindúes –y de no creyentes. Nos caracterizamos por todos los idiomas y culturas, extraídos de todos los rincones de esta Tierra; y porque hemos probado el trago amargo de la guerra civil y la segregación y resurgido más fuertes y más unidos de ese oscuro capítulo, no podemos evitar creer que los viejos odios se desvanecerán algún día; que las divisiones tribales pronto se disolverán; que a medida que el mundo se hace más pequeño nuestra humanidad común se revelará, y que Estados Unidos debe desempeñar su papel en fomentar una nueva era de paz.

Al mundo musulmán, buscamos un nuevo camino adelante, basado en el interés mutuo y el respeto mutuo. A aquellos líderes del mundo que deseen sembrar el conflicto, o culpar a Occidente de los males de su sociedad: sepan que sus pueblos los juzgarán por lo que puedan construir, no por lo que destruyen. A quienes se aferran al poder por medio de la corrupción, el engaño y la represión de la disidencia, sepan que están en el lado equivocado de la Historia, pero que les extenderemos la mano si están dispuestos a abrir el puño.

A los pueblos de los países pobres, nos comprometemos a trabajar con ustedes para que sus granjas prosperen y que fluya el agua limpia; para dar de comer a los cuerpos desnutridos y alimentar las mentes hambrientas. Y a aquellos países que, como el nuestro, gozan de relativa abundancia, les decimos que no podemos permitir más la indiferencia ante los que sufren fuera de nuestras fronteras, ni podemos consumir los recursos del mundo sin tener en cuenta las consecuencias. Porque el mundo ha cambiado, y nosotros tenemos que cambiar con él.

Al contemplar el camino que se abre ante nosotros, recordamos con humilde gratitud a aquellos estadounidenses valientes quienes, en este mismo momento, patrullan lejanos desiertos y distantes montañas. Tienen algo que decirnos hoy, así como lo héroes caídos que yacen en Arlington nos susurran a través del tiempo. Les rendimos homenaje no solo porque son los guardianes de nuestra libertad, sino también porque representan el espíritu de sacrificio; la voluntad de encontrar sentido en algo más grande que ellos mismos. Y sin embargo, en este momento, un momento que definirá una generación, es precisamente este espíritu el que nos debe impulsar a todos.

Por mucho que el gobierno pueda y deba hacer, en el fondo esta nación depende de la fe y la determinación del pueblo estadounidense. Es la bondad de acoger a un extraño cuando se rompen las presas, la abnegación de los trabajadores que prefieren reducir sus horas antes que ver a un amigo perder su empleo, lo que nos hace superar nuestras horas más oscuras. Es la valentía del bombero que sube una escalera llena de humo, pero también la disposición de un padre de criar a un niño, lo que finalmente decide nuestro destino.

Nuestros desafíos puede que sean nuevos. Los instrumentos con que los afrontamos puede que sean nuevos. Pero los valores de los que depende nuestro éxito: el trabajo duro y la honestidad, la valentía, el juego limpio, la tolerancia y la curiosidad, la lealtad y el patriotismo, esas son cosas viejas. Son cosas verdaderas. Han sido la fuerza silenciosa del progreso durante toda nuestra historia. Lo que se exige, entonces, es el regreso a esas verdades. Lo que se nos pide ahora es una nueva era de responsabilidad, un reconocimiento, por parte de cada estadounidense, de que tenemos obligaciones hacia nosotros mismos, nuestro país y el mundo; obligaciones que no aceptamos a regañadientes, sino con alegría, sabiendo con firmeza que no hay nada más gratificante para el espíritu, nada que defina mejor nuestro carácter, que dar todo lo que podamos ante una tarea difícil.

Este es el precio y la promesa de la ciudadanía.

Esta es la fuente de nuestra confianza, saber que Dios nos llama a dar forma a un destino incierto.

Este es el significado de nuestra libertad y de nuestro credo, el porqué hombres, mujeres y niños de todas las razas y todos los credos pueden unirse en celebración a lo largo y ancho de esta magnífica explanada, el porqué un hombre a cuyo padre, hace

menos de 60 años, quizá no hubieran servido en un restaurante local, está aquí hoy para prestar el juramento más sagrado.

Así que marquemos este día recordando quiénes somos y lo lejos que hemos caminado. En el año del nacimiento de Estados Unidos, en el más frío de los meses, un pequeño grupo de patriotas estaba apiñado en torno a las menguantes fogatas en las orillas de un río helado. La capital estaba abandonada. El enemigo avanzaba. La nieve estaba manchada de sangre. En un momento en el que el desenlace de nuestra revolución estaba en duda, el padre de nuestra nación ordenó que se leyeran estas palabras al pueblo:

“Que se informe al mundo del futuro... que en pleno invierno, cuando nada salvo la esperanza y la virtud podían sobrevivir,... la ciudad y el campo, alarmados ante un peligro común, salieron a hacerle frente”.

Estados Unidos, ante nuestros peligros comunes, en este invierno de nuestras dificultades, recordemos estas palabras eternas. Con esperanza y virtud, afrontemos una vez más las corrientes heladas y resistamos las tormentas que se avecinen. Que los hijos de nuestros hijos puedan decir que cuando fuimos puestos a prueba nos negamos a dejar que terminase el viaje, que no dimos la espalda, que no titubeamos y con los ojos fijos en el horizonte y con la gracia de Dios, llevamos adelante el gran regalo de la libertad y lo entregamos a salvo a las futuras generaciones.

Gracias, que Dios les bendiga, que Dios bendiga a Estados Unidos.
(termina la transcripción)

Text 5: *Discurso de Barack Obama*

Convención el partido demócrata, Denver, 28 de agosto de 2008

Querido Presidente Dean, querido amigo Dick Durbin, conciudadanos de esta gran nación.

Con profunda gratitud y gran humildad, acepto vuestra nominación para la Presidencia de Estados Unidos.

Permitidme expresar mi agradecimiento al elenco histórico de candidatos que me ha acompañado en este recorrido y especialmente a la que ha llegado más lejos, un modelo para los trabajadores de Estados Unidos y una inspiración para mis hijas y las vuestras: Hillary Rodham Clinton. Al Presidente Clinton, quien anoche defendió el cambio como sólo él sabe hacerlo; a Ted Kennedy, que representa el espíritu del servicio, y al próximo vicepresidente de Estados Unidos, Joe Biden, Gracias. Doy gracias por concluir este viaje con uno de los estadistas de mayor altura de nuestro tiempo, un hombre que se encuentra a gusto con todo el mundo, desde los líderes mundiales hasta los conductores del ferrocarril que sigue tomando para regresar a casa todas las noches.

Al amor de mi vida, nuestra próxima Primera Dama, Michelle Obama, y a Sasha y Malia, os quiero tanto y estoy orgulloso de vosotras.

Hace cuatro años me presenté ante vosotros y os conté mi historia, la breve unión entre un joven de Kenia y una joven de Kansas que no eran ni ricos ni conocidos, pero que compartían su fe en que, en Estados Unidos, su hijo podría lograr todo aquello que se propusiera.

Esa es la promesa que siempre ha diferenciado a este país donde, con trabajo tenaz y sacrificio, todos podemos conseguir nuestros sueños individuales y seguir unidos como una familia norteamericana, para garantizar que las generaciones venideras también puedan alcanzar sus sueños.

Por eso estoy aquí esta noche. Porque durante 232 años, cada vez que esa promesa se ha visto en peligro, los hombres y mujeres corrientes –estudiantes y soldados, agricultores y maestros, enfermeras y conserjes- encontraron el coraje para mantenerla viva.

Nos encontramos en uno de esos momentos decisivos, un momento en el que nuestra nación está en guerra, nuestra economía se debate en la confusión y la promesa de nuestro país se ha visto una vez más amenazada.

Esta noche, más ciudadanos de Estados Unidos están en paro y hay más norteamericanos trabajando más por un salario menor. Entre vosotros, hay más que han perdido sus casas e incluso más sois testigos de cómo el valor de vuestra vivienda cae en picado. Sois cada vez más los que tenéis coches que no os podéis permitir, cuentas

de tarjetas de crédito que no podéis pagar y gastos educativos por encima de vuestras posibilidades.

No todos estos problemas se deben a la política del Gobierno. Pero la falta de respuesta es el resultado directo de los políticos incompetentes en Washington y de las políticas equivocadas de George W. Bush.

Estados Unidos, somos mejores de lo que han sido estos últimos ocho años. Somos un país mejor que éste.

Este país es más decente que aquél donde una mujer en Ohio, a punto de jubilarse, se encuentra al borde del desastre, debido a una enfermedad, tras una vida entera de arduo trabajo.

Este país es más generoso que aquél donde un hombre en Indiana embala la maquinaria con la que lleva trabajado desde hace 20 años y la ve salir hacia China, y se le hace un nudo en la garganta al explicar lo fracasado que se sentía cuando fue a casa a contar la situación a su familia.

Somos más compasivos que un Gobierno que permite que sus veteranos duerman en las calles y que las familias se vean abocadas a la pobreza; que se cruza de brazos cuando una de sus ciudades más importantes se sumerge en las aguas ante sus propios ojos.

Esta noche, le digo a los ciudadanos de Estados Unidos, a los Demócratas y Republicanos y a los independientes de esta gran nación: ¡basta! Este momento, estas elecciones, constituyen nuestra oportunidad para mantener viva la promesa americana en el siglo XXI. Porque la próxima semana, en Minnesota, el mismo partido que ha gobernado durante dos mandatos de George Bush y Dick Cheney, pedirá a este país gobernar un tercero. Y nosotros estamos aquí porque amamos demasiado a este país para que los próximos cuatro años sean como los ocho últimos. El 4 de noviembre, debemos levantarnos y decir: “Con ocho basta.”

No dejemos lugar a la duda. El candidato republicano, John McCain, ha lucido el uniforme de nuestro país con valor y distinción, y por ello es digno de nuestra gratitud y respeto. Y la próxima semana, también oiremos hablar sobre las ocasiones en las que se ha distanciado de su partido como prueba de que él puede ofrecer el cambio que necesitamos.

Pero la evidencia es clara: John McCain ha votado por George Bush el 90% de las veces. Al senador McCain le gusta hablar de criterio, pero realmente ¿cómo se puede valuear ese criterio cuando crees que George Bush ha tenido razón más de un 90% de las veces? No sé vosotros, pero no yo no estoy dispuesto a jugarme el cambio a un 10%.

La verdad es que, en cada tema que podría suponer una diferencia en vuestras vidas, atención sanitaria, educación y economía, el Senador MacCain ha sido todo menos independiente. Dijo que nuestra economía había experimentado un “gran

progreso” con este presidente. Dijo que los fundamentos de la economía son sólidos. Y cuando uno de sus principales asesores –el hombre que elaboró su plan económico– habló sobre la ansiedad que los estadounidenses están sufriendo, dijo que tan sólo padecían de una “recesión mental” y que nos habíamos convertido, y cito textualmente, “en una nación de quejicas”.

¿Una nación de quejicas? Dígales eso a los orgullosos trabajadores del sector del automóvil en una fábrica de Michigan quienes, tras conocer que iba a cerrar, siguieron yendo todos los días y trabajando más que nunca, porque sabían que había gente que contaba con los frenos que fabricaban. Dígales eso a las familias de los militares que se enfrentan a sus problemas en silencio mientras ven a sus seres queridos alejarse hacia su tercer, cuarto o quinto turno de servicio. No son quejicas. Trabajan tenazmente y siguen en la brecha sin quejarse. Estos son los estadounidenses que yo conozco.

Ahora bien, no creo que al Senador McCain no le importe lo que está pasando en las vidas de los estadounidenses. Creo que simplemente no lo sabe. ¿Por qué otro motivo habría identificado entonces a la clase media como alguien que gana menos de 5 millones de dólares al año? ¿Por qué si no habría propuesto cientos de miles de millones de dólares para exenciones fiscales para las grandes empresas y compañías petrolíferas, pero ni un sólo penique de beneficios fiscales para los más de 100 millones de ciudadanos estadounidenses? ¿Cómo si no podría ofrecer un plan de atención sanitaria que en realidad fiscalizaría los beneficios de los ciudadanos, o un plan de educación que no ayudaría en forma alguna a las familias a pagar los colegios, o un plan para la privatización de la Seguridad Social que pondría en riesgo vuestra jubilación?

No es porque a John McCain no le importe. Es por que a John McCain se le escapa.

Durante más de dos décadas se ha mantenido fiel a la trasnochada y desacreditada filosofía republicana: dar más y más a aquellos que más tienen y esperar a que la prosperidad impregne a todos los demás. En Washington, a esto lo llaman la Sociedad de la Propiedad, pero lo que significa en realidad es que estamos solos. ¿En paro? Mala suerte. ¿Sin atención sanitaria? El mercado se ocupará de ello. ¿Nacido en la pobreza? Defiéndete con uñas y dientes, aunque te quedas sin ambos. Estás solo.

Ya es hora de que reconozcan su error. Ya es hora de que cambiemos Estados Unidos.

Como veis, los Demócratas tenemos una opinión muy diferente de lo que constituye el progreso en este país.

Nosotros medimos el progreso en función de cuántas personas encuentran un trabajo con el que pagar la hipoteca; en función de si puedes ahorrar algo de dinero extra al final de cada mes para que un día puedas ver cómo tus hijos obtienen un título universitario. Medimos el progreso en los 23 millones de nuevos puestos de trabajo que se crearon cuando Bill Clinton era presidente, cuando la familia estadounidense media

vio cómo sus ingresos aumentaban en 7.500 dólares en lugar de perder 2.000 como ha sucedido con George Bush.

Medimos la fortaleza de nuestra economía no por el número de multimillonarios o los beneficios de los que aparecen en la lista de Fortune 500, sino por que alguien con buenas ideas pueda arriesgarse y emprender un nuevo negocio, o por que la camarera que vive de las propinas pueda tomarse un día libre para cuidar a su hijo enfermo sin perder su trabajo, una economía que honra la dignidad del trabajo.

Los fundamentos en los que nos basamos para medir la fortaleza de la economía son si estamos a la altura de esa promesa fundamental que ha hecho grande a este país, una promesa que es la única razón por la que estoy aquí esta noche.

Porque en los rostros de los jóvenes veteranos que regresan de Irak y de Afganistán veo reflejado a mi abuelo, que se alistó después de Pearl Harbor, desfiló en el ejército de Patton y fue recompensado por una nación agradecida con la oportunidad de asistir al colegio al amparo de la Ley de personal militar.

Cuando veo la cara del joven estudiante que sólo duerme tres horas antes de trabajar en el turno de noche pienso en mi madre, que nos sacó adelante sola a mi hermana y a mí mientras trabajaba y sacaba su título; quien una vez recurrió a los cupones de alimentos pero aún así pudo mandarnos a los mejores colegios del país con la ayuda de los créditos para estudiantes y las becas.

Cuando escucho a otro trabajador que me cuenta que su fábrica ha cerrado, recuerdo a todos aquellos hombres y mujeres del Sur de Chicago junto a quienes estuve y por los que luché hace dos décadas cuando cerró la fábrica de acero local.

Y cuando oigo a una mujer hablar sobre las dificultades de emprender su propio negocio, pienso en mi abuela, que se abrió camino desde su puesto de secretaria hasta la dirección intermedia, a pesar de los años de denegación de ascensos por ser una mujer. Ella me enseñó a trabajar duro. Renunciaba a comprarse un coche nuevo o un vestido nuevo para que yo pudiera tener una vida mejor. Me transmitió todo lo que llevaba dentro. Y aunque ya no puede viajar, sé que me está viendo esta noche, y que esta noche también es su noche.

No sé que tipo de vida cree John McCain que llevan los famosos, pero ésta ha sido la mía. Estos son mis héroes. Estas son las historias con las que me formé. Y por ellas voy a ganar estas elecciones y a mantener viva nuestra promesa como presidente de Estados Unidos.

¿Cuál es esa promesa?

Es una promesa que dice que cada uno de nosotros es libre para llevar la vida que quiera, pero que también tenemos la obligación de tratar a los demás con dignidad y respeto.

Es una promesa que dice que el mercado debería recompensar la iniciativa y la innovación y generar crecimiento, pero que las empresas deberían estar a la altura de sus responsabilidades para crear puestos de trabajo para los estadounidenses, cuidar a sus trabajadores estadounidenses y respetar las reglas del juego.

La nuestra es una promesa que dice que el Gobierno no puede resolver todos nuestros problemas, pero que debería hacer aquello que nosotros no podemos por nosotros mismos: protegernos ante el daño y ofrecer a cada niño una educación decente, mantener el agua limpia y los juguetes seguros, invertir en nuevas escuelas y nuevas carreteras y en la innovación científica y tecnológica.

Nuestro Gobierno debe trabajar para nosotros, no en contra nuestra. Debe ayudarnos, no herirnos. Debe garantizar las oportunidades no sólo para aquellos que tienen más dinero e influencia, sino para cada ciudadano de Estados Unidos que quiera trabajar.

Esa es la promesa de América: la idea de que somos responsables de nosotros mismos, pero que también nos levantamos y caemos como una nación; la creencia fundamental es que yo soy el guardián de mi hermano, soy el guardián de mi hermana.

Esa es la promesa que debemos mantener. Ese es el cambio que necesitamos ahora mismo. Así que permítame que entre en detalles de lo que significaría exactamente ese cambio cuando sea presidente.

El cambio significa una ley fiscal que no recompense a los grupos de presión que lo redactaron, sino a los trabajadores estadounidenses y a las pequeñas empresas que lo merezcan.

A diferencia de John McCain, no seguiré concediendo exenciones fiscales a empresas que contratan a trabajadores en el extranjero, empezaré a concederlas a compañías que creen buenos puestos de trabajo aquí en Estados Unidos.

Eliminaré los impuestos sobre beneficios para las pequeñas empresas y las recientemente constituidas que crearán los trabajos bien remunerados, de alta tecnología para el futuro.

Reduciré los impuestos, reduciré los impuestos, en un 95% para todas las familias trabajadoras. Porque en una economía como ésta, lo último que debe hacerse es subir los impuestos a la clase media.

Y en aras de nuestra economía, nuestra seguridad y el futuro de nuestro planeta, como Presidente estableceré un claro objetivo: en 10 años, pondremos fin definitivamente a nuestra dependencia del petróleo de Oriente Medio.

Washington ha estado hablando de nuestra adicción al petróleo durante los últimos 30 años, 26 de los cuales John McCain ha estado ahí. Durante ese tiempo, él se ha opuesto a establecer niveles más elevados de eficiencia energética para vehículos, se

ha opuesto a las inversiones en energía renovable, se ha opuesto a los combustibles renovables. Y en la actualidad importamos el triple de petróleo que cuando el Senador McCain asumió su cargo.

Es el momento de acabar con esta adicción y de entender que la extracción es una medida que tapa un agujero, no una solución a largo plazo. Ni mucho menos.

Como Presidente, explotaré las reservas de gas natural de nuestro país, invertiré en tecnología de carbón limpio y buscaré formas para aprovechar la energía nuclear de forma segura. Ayudaré a nuestras empresas de automoción a renovar sus herramientas, para que los vehículos de combustible eficiente del futuro se fabriquen aquí, en Estados Unidos. Haré que los estadounidenses puedan permitirse comprar estos vehículos. Invertiré 150.000 millones de dólares en la próxima década en fuentes de energía renovables asequibles, energía eólica y energía solar y en la nueva generación de biocarburantes, una inversión que generará nuevas industrias y 5 millones de nuevos puestos de trabajo bien remunerados y que no podrán contratarse fuera.

Estados Unidos, no es momento para los pequeños planes.

Es el momento de cumplir finalmente nuestra obligación moral de ofrecer a cada niño una educación de primera clase, porque sólo así podrán competir en la economía global. Michelle y yo estamos aquí esta noche sólo porque tuvimos de recibir una educación. Y yo no me contentaré con un país donde a los niños no se les dé esa oportunidad. Invertiré en la educación de los niños pequeños. Reclutaré un ejército de nuevos maestros, les pagaré más y les daré más apoyo. A su vez, les exigiré más nivel y más responsabilidad. Mantendremos nuestra promesa con cada joven estadounidense: si te comprometes a servir a tu comunidad o a tu país, nos aseguraremos de que puedas acceder a una educación universitaria.

Es el momento de mantener finalmente la promesa de una atención sanitaria asequible y accesible para cada ciudadano de Estados Unidos. Si ya tienes un seguro médico, mi plan reducirá las primas. En caso contrario, podrás tener el mismo tipo de cobertura que los propios miembros del Congreso. Y como alguien que presencié las discusiones de mi madre con las compañías aseguradoras mientras se encontraba en cama muriendo de cáncer, me aseguraré de que estas compañías no discriminen a los enfermos y a los más necesitados de atención.

Ha llegado el momento de ayudar a las familias, ofreciéndoles bajas médicas pagadas y mejorando la baja por motivos familiares, porque nadie en Estados Unidos debería tener que optar entre mantener un puesto de trabajo y cuidar a un hijo o a unos padres enfermos.

Ha llegado el momento de modificar las leyes que regulan la quiebra de las empresas, para que vuestras pensiones pasen por delante de las primas de los Consejeros Delegados, y ha llegado el momento de proteger la Seguridad Social para las generaciones del futuro.

Y ha llegado el momento de mantener la promesa de un mismo salario por un mismo trabajo, porque quiero que mis hijas tengan exactamente las mismas oportunidades que vuestros hijos.

Ahora bien, muchos de estos planes costarán dinero, y por eso he planteado ya cómo pagaré hasta el último céntimo – colmando lagunas legales en el ámbito empresarial y acabando con paraísos fiscales que no contribuyen al crecimiento de Estados Unidos. Pero también revisaré el presupuesto federal, partida por partida, eliminando programas que ya no funcionan y haciendo que los programas que necesitamos funcionen mejor y cuesten menos – porque no podemos hacer frente a los desafíos del siglo XXI con una burocracia del siglo XX.

Y, como Demócratas, también debemos admitir que mantener la promesa de Estados Unidos requerirá algo más que dinero. Requerirá un sentido renovado de responsabilidad por parte de cada uno de nosotros para recuperar lo que John F. Kennedy denominó nuestra “fuerza intelectual y moral”. En efecto, el Gobierno debe liderar la independencia energética, pero cada uno de nosotros debe contribuir, por su parte, para que nuestros hogares y empresas sean más eficientes. En efecto, debemos ofrecer más oportunidades a los jóvenes que se ven abocados al crimen y a la desesperación. Pero también debemos admitir que los programas, por sí solos, no pueden sustituir a los padres, que el Gobierno no puede apagar la televisión y decirle a un niño que haga sus deberes; que los padres deben asumir una mayor responsabilidad a la hora de ofrecer a sus hijos el amor y las pautas que éstos necesitan.

Responsabilidad individual y responsabilidad mutua – ésa es la esencia de la promesa americana.

Y del mismo modo que mantenemos nuestro compromiso frente a la próxima generación aquí en casa, debemos mantener el compromiso de Estados Unidos en el exterior. Si John McCain quiere debatir sobre quién tiene el temperamento y el criterio para convertirse en el próximo Comandante en Jefe, estoy dispuesto a mantener ese debate.

Porque mientras el Senador McCain dirigía su mirada hacia Irak pocos días después del 11 de septiembre, yo me opuse a esa guerra, consciente de que sólo serviría para distraer nuestra atención de las verdaderas amenazas a las que nos enfrentamos. Cuando John McCain dijo que en Afganistán podríamos “arreglárnoslas”, solicité más recursos y más tropas para terminar la lucha contra los terroristas que nos atacaron el 11 de septiembre, y dejé claro que debemos capturar a Osama Bin Laden y a sus lugartenientes cuando los encontremos. A John McCain le gusta afirmar que seguirá a Bin Laden hasta las mismas puertas del Infierno – pero ni siquiera está dispuesto a ir a la cueva en la que vive.

Y hoy, cuando mi llamamiento para establecer un plazo para la retirada de nuestras tropas de Irak ha encontrado eco en el Gobierno iraquí e incluso entre la Administración Bush, incluso después de que hayamos sabido que Irak tiene un

superávit de 79.000 millones de dólares, mientras que nosotros estamos sumidos en el déficit, John McCain se ha quedado solo en su pertinaz rechazo a poner fin a una guerra equivocada.

Ése no es criterio que necesitamos. Eso no garantizará la seguridad de Estados Unidos. Necesitamos un Presidente que pueda hacer frente a las amenazas del futuro, en lugar de seguir aferrado a las ideas del pasado.

Ocupando Irak no derrotas a una red terrorista que opera en 80 países. No puedes proteger a Israel y disuadir a Irán simplemente con un discurso duro en Washington. No puedes defender realmente a Georgia cuando has generado tanta tensión con nuestros más antiguos aliados. Si John McCain quiere seguir los pasos de George Bush con más discursos duros y estrategias erróneas, es su opción, pero no es el cambio que necesitamos.

Somos el partido de Roosevelt. Somos el partido de Kennedy. Así que, que no me digan que los Demócratas no defenderán este país. Que no me digan que los Demócratas no garantizarán nuestra seguridad. La política exterior Bush-McCain ha desperdiciado el legado que generaciones de estadounidenses –Demócratas y Republicanos – han construido, y estamos aquí para recuperar ese legado.

Como Comandante en Jefe, nunca dudaré a la hora de defender esta nación, pero sólo pondré en peligro a nuestras tropas con una misión clara y asumiendo el compromiso sagrado de dotarles de los equipos que necesitan en el campo de batalla y de la atención y las prestación que merecen cuando regresan a casa.

Pondré fin a esta Guerra en Irak de manera responsable, y terminaré la lucha contra Al Qaeda y los Talibanes en Afganistán. Reestructuraré nuestro ejército para hacer frente a futuros conflictos. Pero también renovaré la diplomacia dura y directa capaz de prevenir que Irán consiga armas nucleares y de frenar la agresión rusa. Construiré nuevas alianzas para acabar con las amenazas del siglo XXI: el terrorismo y la proliferación nuclear; la pobreza y el genocidio; el cambio climático y las enfermedades. Y recuperaré nuestro prestigio moral, para que Estados Unidos se convierta de nuevo en la última y mejor esperanza de todos aquellos que trabajan por la libertad, que aspiran a una vida en paz y anhelan un futuro mejor.

Éstas son las políticas que desarrollaré. Y en las próximas semanas, espero poder debatir sobre las mismas con John McCain.

Pero lo que no haré es sugerir que el Senador utilice sus posturas con fines políticos. Porque una de las cosas que debemos cambiar en nuestra política es la idea de que las personas no pueden defender ideas diferentes sin poner en cuestión la personalidad y el patriotismo del otro.

La situación es demasiado grave, lo que está en juego es demasiado importante para seguir con estas reglas del juego partidistas. Así que pongámonos de acuerdo en que el patriotismo no tiene partido. Amo a este país, y vosotros también lo amáis, como

lo ama John McCain. Los hombres y las mujeres que sirven en el campo de batalla pueden ser Demócratas o Republicanos, o independientes, pero han luchado juntos y han sido heridos juntos, algunos han muerto juntos bajo el orgullo de una misma bandera. No han servido a los Estados Unidos Rojos o a los Estados Unidos Azules – han servido a los Estados Unidos de América.

Así que tengo una noticia para usted, John McCain. Todos ponemos a nuestro país por delante.

Estados Unidos, nuestra tarea no será fácil. Los desafíos a los que nos enfrentamos exigen tomar decisiones duras, y tanto los Demócratas como los Republicanos tendrán que desechar las ideas y políticas superadas del pasado. Porque una parte de lo que se ha perdido en estos últimos ocho años no puede medirse simplemente en términos de reducción de salarios o mayor déficit comercial. Lo que también se ha perdido es nuestro sentido de meta común – nuestro sentido de una meta más elevada. Y eso es lo que tenemos que recuperar.

Puede que no nos pongamos de acuerdo sobre el aborto, pero seguro que podemos llegar a un acuerdo para reducir el número de embarazos no deseados en este país. La realidad de la posesión de armas puede ser diferente en el caso de los cazadores de las zonas rurales de Ohio y en el de la lacra de la violencia de bandas en Cleveland, pero que no me digan que no podemos respetar la Segunda Enmienda y a la vez evitar que un AK-47 llegue a manos de los criminales. Soy consciente de que existen diferencias de opinión en cuanto a los matrimonios entre personas del mismo sexo, pero estoy seguro de que podemos estar de acuerdo en que nuestros hermanos gays y nuestras hermanas lesbianas tienen derecho a visitar a la persona que aman en el hospital y a vivir una vida libre de discriminación. Si se trata de inmigración, el debate es apasionado, pero no conozco a nadie que resulte beneficiado cuando se separa a una madre de su bebé o a cuando un empresario recorta costes salariales contratando a trabajadores ilegales. Esto, también, forma parte de la promesa de Estados Unidos – la promesa de una democracia en la que podemos encontrar la fuerza y la inspiración para colmar brechas y estar unidos en un esfuerzo común.

Soy consciente de que algunos tachan estas convicciones de discurso vacío. Afirman que nuestra insistencia por lograr algo más amplio, algo más firme y más honesto en nuestra vida pública no es más que un Caballo de Troya para subir los impuestos y abandonar los valores tradicionales. Y cabe esperar esa actitud. Porque si no tienes ideas frescas, entonces recurre a tácticas trasnochadas para asustar a los votantes. Si no tienes una meta por la que luchar, entonces presentas a tu oponente como alguien por quien la gente no debería luchar.

Haces una gran elección sobre pequeñas cosas.

Y sabéis qué – ha funcionado en el pasado. Porque se alimenta del cinismo que todos tenemos hacia el Gobierno. Cuando Washington no funciona, todas sus promesas

parecen vacías. Si tus esperanzas se han visto defraudadas una y otra vez, entonces es mejor dejar de tener esperanzas y acomodarse a lo que ya conoces.

Lo entiendo. Soy consciente de que no soy el candidato más probable para este cargo. No encajo en el pedigrí típico, y no he pasado toda mi carrera en los salones de Washington.

Pero estoy esta noche ante vosotros porque en todo el país algo se está moviendo.

Lo que los negativistas no entienden es que estas elecciones nunca han girado en torno a mí. Giran en torno a vosotros.

Durante 18 largos meses, os habéis levantado, uno a uno, y habéis dicho basta a la política del pasado. Entendéis que, en estas elecciones, el mayor riesgo consiste en intentar la misma política de siempre con los mismos actores y esperar un resultado diferente. Habéis demostrado lo que nos enseña la Historia, que en momentos determinantes como éste, el cambio que necesitamos no viene de Washington. El cambio debe ir a Washington. El cambio se produce porque los ciudadanos de Estados Unidos lo exigen – porque se levantan e insisten en la necesidad de nuevas ideas y de un nuevo liderazgo, una nueva política para un tiempo nuevo.

Estados Unidos, éste es uno de esos momentos.

Creo que, por muy duro que sea, el cambio que necesitamos está a punto de llegar. Porque lo he visto. Porque lo he vivido. Lo he visto en Illinois, donde ofrecimos asistencia sanitaria a más niños y conseguimos que más familias dejaran de vivir de subsidios sociales para empezar a trabajar. Lo he visto en Washington, donde trabajamos superando líneas partidistas para abrir el gobierno y exigir mayor responsabilidad a los grupos de presión, para mejorar la asistencia a nuestros veteranos y mantener las armas nucleares fuera del alcance de los terroristas.

Y lo he visto en esta campaña. En los jóvenes que han votado por primera vez y en aquellos que han vuelto a involucrarse después de mucho tiempo. En los Republicanos que nunca pensaron que algún día votarían Demócrata, y lo han hecho. Lo he visto en los trabajadores que prefieren recortar una hora de trabajo de su jornada en lugar de ver que sus amigos pierden su empleo, en los soldados que vuelven a enrolarse tras haber perdido una extremidad, en los buenos vecinos que acogen a un extraño cuando hay un huracán y se produce una inundación.

Nuestro país dispone de más riquezas que ninguna otra nación, pero no es eso lo que nos hace ricos. Tenemos el ejército más poderoso del mundo, pero no es eso lo que nos hace fuertes. Nuestras universidades y nuestra cultura son la envidia del mundo, pero no es eso lo que hace que el mundo se dirija a nuestras costas.

Es el espíritu de Estados Unidos – esa promesa de Estados Unidos – lo que nos impulsa hacia delante incluso cuando el camino es incierto; lo que nos une a pesar de nuestras diferencias; lo que hace que fijemos la mirada no en lo que se ve, sino en lo que no se ve, ese lugar mejor tras el recodo del camino.

Esa promesa es nuestro patrimonio más valioso. Es una promesa que le hago a mis hijas cuando las arropo por la noche, y una promesa que les hacéis a vuestros hijos – una promesa que llevó a los inmigrantes a cruzar océanos y a los pioneros a viajar hacia el oeste; una promesa que llevó a los trabajadores a los piquetes y a las mujeres a luchar por el derecho al voto.

Y es esa promesa la que, hoy hace 45 años, llevó a ciudadanos de Estados Unidos de todos los rincones del país a reunirse en un parque de Washington, frente al monumento a Lincoln, para escuchar a un joven predicador de Georgia hablar de su sueño.

Los hombres y las mujeres que allí se reunieron podrían haber escuchado muchas cosas. Podrán haber escuchado palabras de ira y discordia. Les podrían haber dicho que sucumbieran al miedo y la frustración de tantos sueños aplazados.

Pero lo que escucharon, en cambio – personas de todas las creencias y colores, de todos los estratos – es que Estados Unidos, nuestro destino está inextricablemente unido. Que si estamos juntos, nuestros sueños pueden ser uno solo.

“No podemos avanzar solos”, gritó el predicador. “Y, mientras avanzamos, debemos asumir el compromiso de que siempre seguiremos avanzando. No podemos volver atrás”.

Estados Unidos no puede volver atrás. No cuando hay tanto por hacer. No cuando hay tantos niños a los que educar y tantos veteranos a los que cuidar. No con una economía que hay que arreglar y ciudades por reconstruir y granjas que salvar. No con tantas familias por proteger y tantas vidas que resolver. Estados Unidos, no podemos volver atrás. No podemos avanzar solos. En este momento, en estas elecciones, debemos comprometernos una vez más para avanzar hacia el futuro. Mantengamos esa promesa – esa promesa de Estados Unidos – y, como dicen las Escrituras, aferrarnos firmemente, sin flaquear, a la esperanza que confesamos.

Gracias, que Dios os bendiga, y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

Text 6: EL PRESIDENTE: Sus Majestades, Sus Altezas Reales, distinguidos miembros del Comité Nobel de Noruega, ciudadanos de Estados Unidos y ciudadanos del mundo:

Recibo este honor con profunda gratitud y gran humildad. Es un premio que habla sobre nuestras mayores aspiraciones: que a pesar de toda la crueldad y las adversidades de nuestro mundo, no somos simples prisioneros del destino. Nuestros actos tienen importancia y pueden cambiar el rumbo de la historia y llevarla por el camino de la justicia.

Sin embargo, sería una negligencia no reconocer la considerable controversia que su generosa decisión ha generado. (Risas.) En parte, esto se debe a que estoy al inicio y no al final de mis labores en la escena mundial. En comparación con algunos de los gigantes de la historia que han recibido este premio –Schweitzer y King; Marshall y Mandela– mis logros son pequeños. Y luego hay hombres y mujeres alrededor del mundo que han sido encarcelados y golpeados en su búsqueda de la justicia; gente que trabaja en organizaciones humanitarias para aliviar el sufrimiento; millones en el anonimato cuyos silenciosos actos de valentía y compasión inspiran incluso a los cínicos más empedernidos. No puedo contradecir a quienes piensan que estos hombres y mujeres –algunos conocidos, otros desconocidos para todos excepto para quienes reciben su ayuda– merecen este honor muchísimo más que yo.

Pero quizá el asunto más controversial en torno a mi aceptación de este premio es el hecho de que soy Comandante en Jefe de un ejército de un país en medio de dos guerras. Una de esas guerras está llegando a su fin. La otra es un conflicto que Estados Unidos no buscó; uno en que se nos suman otros cuarenta y dos otros países –incluida Noruega– en un esfuerzo por defendernos y defender a todas las naciones de ataques futuros.

De todos modos, estamos en guerra, y soy responsable por desplegar a miles de jóvenes a pelear en un país distante. Algunos matarán. A otros los matarán. Por lo tanto, vengo aquí con un agudo sentido del costo del conflicto armado, lleno de difíciles interrogantes sobre la relación entre la guerra y la paz, y nuestro esfuerzo por reemplazar una por la otra.

Bueno, estas interrogantes no son nuevas. La guerra, de una forma u otra, surgió con el primer hombre. En los albores de la historia, no se cuestionaba su moralidad; simplemente era un hecho, como la sequía o la enfermedad, la manera en que las tribus y luego las civilizaciones buscaban el poder y resolvían sus discrepancias.

Y con el tiempo, a medida que los códigos legales procuraban controlar la violencia dentro de los grupos, los filósofos, clérigos y estadistas también procuraban controlar el poder destructivo de la guerra. Surgió el concepto de “guerra justa”, que

proponía que la guerra solamente se justifica cuando cumple con ciertas condiciones previas: si se libra como último recurso o en defensa propia; si la fuerza utilizada es proporcional y, en la medida posible, si no se somete a civiles a la violencia.

Por supuesto, sabemos que durante gran parte de la historia, se ha cumplido pocas veces con este concepto de guerra justa. La capacidad de los seres humanos de idear nuevas maneras de matarse unos a los otros resultó ser inagotable, como también nuestra capacidad para tratar sin ninguna piedad a quienes no lucen como nosotros o le rinden culto a un Dios diferente. Las guerras entre ejércitos dieron lugar a guerras entre naciones: guerras totales en que la distinción entre combatiente y civil se volvía borrosa. En el transcurso de treinta años, este continente se sumió dos veces en matanzas de ese tipo. Y aunque es difícil pensar en una causa más justa que la derrota del Tercer Reich y las potencias del Eje, la Segunda Guerra Mundial fue un conflicto en el que el número total de civiles que murieron superó al de soldados que perecieron.

Como consecuencia de esa destrucción y con la llegada de la era nuclear, quedó claro para vencedores y vencidos, por igual, que el mundo necesitaba instituciones para evitar otra guerra mundial. Y, entonces, un cuarto de siglo después de que el Senado de Estados Unidos rechazara la Liga de Naciones, una idea por la cual Woodrow Wilson recibió este premio, Estados Unidos lideró al mundo en el desarrollo de una estructura para mantener la paz: un Plan Marshall y Naciones Unidas, mecanismos para regir la manera en la que se libran guerras, los tratados para proteger los derechos humanos, evitar el genocidio y restringir las armas más peligrosas.

De muchas maneras, estos esfuerzos fueron exitosos. Sí, se han librado guerras terribles y se han cometido atrocidades. Pero no ha habido una Tercera Guerra Mundial. La Guerra Fría concluyó con una muchedumbre jubilosa que derrumbó un muro. El comercio tejió lazos entre gran parte del mundo. Miles de millones han salido de la pobreza. Los ideales de libertad, autonomía, igualdad y el imperio de la ley han avanzado a tropezones. Somos los herederos de la fortaleza y previsión de generaciones pasadas, y es un legado por el cual mi propio país legítimamente siente orgullo.

Pero aún así, transcurrida una década del nuevo siglo, esta antigua estructura está cediendo ante el peso de nuevas amenazas. El mundo quizá ya no se estremezca ante la posibilidad de guerra entre dos superpotencias nucleares, pero la proliferación puede aumentar el peligro de catástrofes. El terrorismo no es una táctica nueva, pero la tecnología moderna permite que unos cuantos hombres insignificantes con enorme ira asesinen a inocentes a una escala horrorosa.

Es más, las guerras entre naciones con mayor frecuencia han sido reemplazadas por guerras dentro de naciones. El resurgimiento de conflictos étnicos o sectarios; el aumento de movimientos secesionistas, las insurgencias y los estados fallidos – todas estas cosas progresivamente han atrapado a civiles en un caos interminable. En las guerras de hoy, mueren muchos más civiles que soldados; se siembran las semillas de

conflictos futuros, las economías se destruyen; las sociedades civiles se parten en pedazos, se acumulan refugiados y los niños quedan marcados de por vida.

No traigo hoy una solución definitiva a los problemas de la guerra. Lo que sí sé es que hacerles frente a estos desafíos requerirá la misma visión, arduo esfuerzo y perseverancia de aquellos hombres y mujeres que actuaron tan audazmente hace varias décadas. Y requerirá que repensemos la noción de guerra justa y los imperativos de una paz justa.

Debemos comenzar por reconocer el difícil hecho de que no erradicaremos el conflicto violento en nuestra época. Habrá ocasiones en las que las naciones, actuando individual o conjuntamente, concluirán que el uso de la fuerza no sólo es necesario sino también justificado moralmente.

Hago esta afirmación consciente de lo que Martin Luther King dijo en esta misma ceremonia hace años: “La violencia nunca produce paz permanente. No resuelve los problemas sociales: simplemente crea problemas nuevos y más complicados”. Como alguien que está parado aquí como consecuencia directa de la labor a la que el Dr. King le dedicó la vida, soy prueba viviente de la fuerza moral de la no violencia. Sé que no hay nada débil, nada pasivo, nada ingenuo en las convicciones y vida de Gandhi y King.

Pero en mi calidad de jefe de Estado que juró proteger y defender a mi país, no me puede guiar solamente su ejemplo. Enfrento al mundo como lo es, y no puedo cruzarme de brazos ante amenazas contra estadounidenses. Que no quede la menor duda: la maldad sí existe en el mundo. Un movimiento no violento no podría haber detenido los ejércitos de Hitler. La negociación no puede convencer a los líderes de Al Qaida a deponer las armas. Decir que la fuerza es a veces necesaria no es un llamado al cinismo; es reconocer la historia, las imperfecciones del hombre y los límites de la razón.

Menciono este punto, comienzo con este punto porque en muchos países hoy en día hay un profundo cuestionamiento del accionar militar, independientemente de la causa. Y a veces, a esto se suma una suspicacia automática por tratarse de Estados Unidos, la única superpotencia militar del mundo.

Sin embargo el mundo debe recordar que no fueron simplemente las instituciones internacionales –no sólo los tratados y las declaraciones– los que le dieron estabilidad al mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Independientemente de los errores que hayamos cometido, hay un hecho clarísimo: Estados Unidos de Norteamérica ha ayudado a garantizar la seguridad mundial durante más de seis décadas con la sangre de nuestros ciudadanos y el poderío de nuestras armas. El servicio y sacrificio de nuestros hombres y mujeres de uniforme han promovido la paz y prosperidad desde Alemania hasta Corea, y permitido que la democracia eche raíces en lugares como los países balcánicos. Hemos sobrellevado esta carga no porque queremos

imponer nuestra voluntad. Lo hemos hecho por un interés propio y bien informado: porque queremos un futuro mejor para nuestros hijos y nietos, y creemos que su vida será mejor si los hijos y nietos de otras personas pueden vivir en libertad y prosperidad.

Entonces, sí, los instrumentos de la guerra tienen un papel en mantener la paz. Sin embargo, este hecho debe coexistir con otro: que independientemente de cuán justificada, la guerra conlleva tragedia humana. La valentía y el sacrificio del soldado están llenos de gloria, expresan devoción por la patria, la causa y los compañeros de armas. Pero la propia guerra nunca es gloriosa, y nunca debemos exaltarla como si lo fuera.

Entonces, parte de nuestro desafío es reconciliar estos dos hechos aparentemente irreconciliables: que la guerra a veces es necesaria y que la guerra es, de cierta manera, una expresión de desatino humano. Concretamente, debemos dirigir nuestros esfuerzos a la tarea que el Presidente Kennedy propuso hace tiempo. “Concentrémonos”, dijo, “en una paz más práctica, más alcanzable, basada no en una revolución repentina de la naturaleza humana, sino una evolución gradual de las instituciones humanas”. Una evolución gradual de las instituciones humanas.

¿Qué apariencia cobraría esta evolución? ¿Cuáles podrían ser estas medidas prácticas?

Para comenzar, considero que todos los países, tanto fuertes como débiles, deben cumplir con estándares que rigen el uso de fuerza. Yo, como cualquier jefe de Estado, me reservo el derecho de actuar unilateralmente si es necesario para defender a mi país. No obstante, estoy convencido de que cumplir con estándares, estándares internacionales, fortalece a quienes lo hacen y aísla –y debilita– a quienes no.

El mundo respaldó a Estados Unidos tras los ataques del 11 de septiembre y continúa apoyando nuestros esfuerzos en Afganistán, debido al horror de esos atentados sin sentido y el principio reconocido de defensa propia. De la misma manera, el mundo reconoció la necesidad de confrontar a Saddam Hussein cuando invadió Kuwait, un consenso que envió un mensaje claro a todos sobre el precio de la agresión.

Es más, Estados Unidos -- de hecho ningún país -- puede insistir en que otros sigan las normas si nosotros nos rehusamos a seguirlas. Pues cuando no lo hacemos, nuestros actos pueden parecer arbitrarios y menoscabar la legitimidad de intervenciones futuras, por más justificadas que sean.

Esto pasa a ser particularmente importante cuando el propósito de la acción militar se extiende más allá de la defensa propia o la defensa de una nación contra un agresor. Más y más, todos enfrentamos difíciles interrogantes sobre cómo evitar la matanza de civiles por su propio gobierno o detener una guerra civil que puede sumir a toda una región en violencia y sufrimiento.

Creo que se puede justificar la fuerza por motivos humanitarios, como fue el caso en los países balcánicos o en otros lugares afectados por la guerra. La inacción carcome nuestra conciencia y puede resultar en una intervención posterior más costosa. Es por eso que todos los países responsables deben aceptar la noción de que las fuerzas armadas con un mandato claro pueden ejercer una función en el mantenimiento de la paz.

El compromiso de Estados Unidos con la seguridad mundial nunca flaqueará. Pero en un mundo en que las amenazas son más difusas y las misiones más complejas, Estados Unidos no puede actuar solo. Estados Unidos por su cuenta no puede lograr la paz. Ése es el caso en Afganistán. Es el caso en estados fallidos como Somalia, donde el terrorismo y la piratería van de la mano con la hambruna y el sufrimiento humano. Y lamentablemente, seguirá siendo la realidad en regiones inestables en el futuro.

Los líderes y soldados de los países de la OTAN –y otros amigos y aliados– demuestran este hecho por medio de la habilidad y valentía que han mostrado en Afganistán. Pero en muchos países, hay una brecha entre los esfuerzos de los militares y la opinión ambivalente del público en general. Comprendo por qué la guerra no es popular. Pero también sé lo siguiente: la convicción de que la paz es deseable rara vez es suficiente para lograrla. La paz requiere responsabilidad. La paz conlleva sacrificio. Es por eso que la OTAN continúa siendo indispensable. Es por eso que debemos reforzar esfuerzos de mantenimiento de la paz a nivel regional y por la ONU, y no dejar la tarea en manos de unos cuantos países. Es por eso que les rendimos homenaje a quienes regresan a casa de misiones de mantenimiento de la paz y entrenamiento en el extranjero, en Oslo y Roma; Ottawa y Sydney; Dhaka y Kigali; los homenajeamos no como artífices de guerra sino como promotores, como promotores de la paz.

Permítanme un punto final sobre el uso de la fuerza. Incluso mientras tomamos decisiones difíciles sobre ir a guerra, también debemos pensar claramente sobre cómo librarla. El Comité del Nóbel reconoció este hecho al otorgar su primer premio de paz a Henry Dunant, el fundador de la Cruz Roja, y un promotor del Tratado de Ginebra.

Cuando la fuerza es necesaria, tenemos un interés moral y estratégico en obligarnos a cumplir con ciertas normas de conducta. Incluso cuando enfrentamos crueles adversarios que no cumplen con ninguna regla, creo que Estados Unidos de Norteamérica debe seguir dando el ejemplo respecto a estándares en conducta de guerra. Eso es lo que nos diferencia de quienes combatimos. Ésa es la fuente de nuestra fuerza. Es por eso que prohibí la tortura. Es por eso que ordené que se clausure la prisión en la Bahía de Guantánamo. Y es por eso que he reiterado el compromiso de Estados Unidos de cumplir con el Tratado de Ginebra. Perdemos nuestra identidad cuando no cumplimos los ideales mismos que estamos luchando por defender. (Aplausos.) Y honramos – honramos dichos ideales al cumplir con ellos no sólo cuando es fácil, sino cuando es difícil.

He hablado extensamente sobre asuntos que debemos sopesar con la razón y el corazón cuando optamos por librar guerra. Pero permítanme pasar ahora a nuestro esfuerzo por evitar opciones tan trágicas y hablar sobre tres maneras en que podemos promover una paz justa y duradera.

En primer lugar, al tratar con aquellos países que trasgreden normas y leyes, creo que debemos desarrollar alternativas a la violencia que son suficientemente firmes como para cambiar la conducta, pues si queremos una paz duradera, entonces las palabras de la comunidad internacional deben tener peso. Se debe hacer que aquellos regímenes que van en contra de las normas rindan cuentas por sus actos. Las sanciones deben conllevar un escarmiento real. La intransigencia debe combatirse con mayor presión, y esa presión existe sólo cuando el mundo actúa al unísono.

Un ejemplo urgente es el esfuerzo por evitar la proliferación de armas nucleares y lograr un mundo sin ellas. A mediados del siglo pasado, las naciones acordaron regirse por un tratado con un objetivo claro: todos tendrán acceso a la energía nuclear pacífica; quienes no tienen armas nucleares deben renunciar a ellas, y quienes tienen armas nucleares deben procurar el desarme. Me he comprometido a plasmar este tratado. Es el eje de mi política exterior. Y estoy trabajando con el Presidente Medvedev para reducir las reservas de armas nucleares de Estados Unidos y Rusia.

Pero también nos incumbe a todos insistir en que países como Irán y Corea del Norte no jueguen con el sistema. Quienes afirman respetar las leyes internacionales no deben hacer caso omiso de cuando se incumplen dichas leyes. Quienes se interesan por su propia seguridad no pueden cerrar los ojos ante el peligro de una carrera armamentista en el Oriente Medio o el Extremo Oriente. Quienes procuran la paz no pueden permanecer cruzados de brazos mientras los países se arman para una guerra nuclear.

El mismo principio se aplica a quienes incumplen con las leyes internacionales al tratar brutalmente a su propio pueblo. Cuando hay genocidio en Darfur; violaciones sistemáticas en el Congo, o represión en Birmania, deben haber consecuencias. Sí, habrá acercamiento; sí, habrá diplomacia – pero tienen que haber consecuencias cuando esas cosas fallen. Y mientras más unidos estemos, menores las probabilidades de que nos veamos forzados a escoger entre la intervención armada y la complicidad con la opresión.

Esto me lleva al segundo punto: el tipo de paz que buscamos. Pues la paz no es simplemente la ausencia de un conflicto visible. Solamente una paz justa y basada en los derechos inherentes y la dignidad de todas las personas realmente puede ser perdurable.

Fue este entendimiento lo que motivó a quienes redactaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos después de la Segunda Guerra Mundial. Tras la

devastación, reconocieron que si no se protegen los derechos humanos, la paz es una promesa vana.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, se ignoran estas palabras. En algunos países, la excusa para no defender los derechos humanos es la falsa sugerencia de que éstos son principios occidentales, extraños a culturas locales o etapas de desarrollo de una nación. Y dentro de Estados Unidos, desde hace tiempo existe tensión entre quienes se describen como realistas o idealistas, una tensión que polariza las opciones: una mera lucha en defensa de nuestros intereses o una campaña interminable por imponer nuestros valores alrededor del mundo.

Rechazo estas opciones. Creo que la paz es inestable cuando se les niega a los ciudadanos el derecho a hablar libremente o practicar su religión como deseen; escoger a sus propios líderes o congregarse sin temor. Los agravios que no se ventilan empeoran, y la supresión de identidad tribal y religiosa puede llevar a la violencia. También sabemos que lo opuesto es cierto. Sólo cuando Europa obtuvo la libertad pudo finalmente encontrar la paz. Estados Unidos nunca ha librado una guerra contra una democracia, y nuestros amigos más cercanos son los gobiernos que protegen los derechos de sus ciudadanos. Independientemente de la frialdad con que se definan, no se satisfacen los intereses de Estados Unidos ni del mundo con la negación de las aspiraciones humanas.

Entonces, incluso mientras respetamos las culturas y tradiciones particulares de diferentes países, Estados Unidos siempre será una voz para las aspiraciones universales. Daremos testimonio de la silenciosa dignidad de reformistas como Aung Sang Suu Kyi; de la valentía de los zimbabuenses que emitieron sus votos a pesar de golpizas; de los cientos de miles que han marchado silenciosamente por las calles de Irán. Dice mucho el que los líderes de estos gobiernos les teman a las aspiraciones de sus propios pobladores más que al poder de cualquier otra nación. Y es la responsabilidad de todas las personas libres y los países libres dejarles en claro a estos movimientos que la esperanza y la historia están de su lado.

Permítanme decir esto también: la promoción de los derechos humanos no puede limitarse a la exhortación. A veces, debe ir acompañada de laboriosa diplomacia. Sé que el trato con regímenes represivos carece de la grata pureza de la indignación. Pero también sé que las sanciones sin esfuerzos de alcance –y la condena sin discusión– pueden mantener un status quo agobiante. Ningún régimen represivo puede ir por un nuevo sendero a no ser que tenga la opción de una puerta abierta.

En vista de los horrores de la Revolución Cultural, la reunión de Nixon con Mao parecía inexcusable, pero no hay duda de que ayudó a llevar a China por un camino en el cual millones de sus ciudadanos han podido salir de la pobreza y conectarse con sociedades abiertas. Los lazos del Papa Juan Pablo con Polonia creó un espacio no sólo para la Iglesia Católica sino también para líderes sindicales como Lech Walesa. Los

esfuerzos de Ronald Reagan por el control de armas y la aceptación de la perestroika no sólo mejoraron las relaciones con la Unión Soviética sino que les otorgó poder a disidentes en toda Europa Oriental. No existe una fórmula simple. Pero debemos tratar de hacer lo posible por mantener el equilibrio entre el ostracismo y la negociación; la presión y los incentivos, de manera que se promuevan los derechos humanos y la dignidad con el transcurso del tiempo.

En tercer lugar, una paz justa incluye no sólo derechos civiles y políticos, sino que debe abarcar la seguridad económica y las oportunidades, pues la paz verdadera no es solamente la falta de temor, sino también la falta de privaciones.

No hay duda de que el desarrollo rara vez echa raíces sin seguridad; también es cierto que la seguridad no existe cuando los seres humanos no tienen acceso a suficiente alimento, el agua potable o los medicamentos que necesitan para sobrevivir. No existe cuando los niños no pueden aspirar a una buena educación o un empleo decente que mantenga a una familia. La falta de esperanza puede corromper a una sociedad desde su interior.

Y es por eso que ayudar a los agricultores a alimentar a su propia gente, o a los países a educar a sus niños y a cuidar a los enfermos no es simplemente caridad. También es el motivo por el cual el mundo debe unirse para hacerle frente al cambio climático. Hay pocos científicos que no estén de acuerdo en que si no hacemos algo, enfrentaremos más sequías, hambruna y desplazamientos masivos que alimentarán más conflictos durante décadas. Por este motivo, no son sólo los científicos y activistas los que proponen medidas prontas y enérgicas; también lo hacen los líderes militares de mi país y otros que comprenden que nuestra seguridad común está en juego.

Acuerdos entre naciones. Instituciones sólidas. Apoyo a los derechos humanos. Inversiones en desarrollo. Todos éstos son ingredientes vitales para propiciar la evolución de la cual habló el Presidente Kennedy. Sin embargo, no creo que tendremos la voluntad, la determinación o la resistencia para concluir esta labor sin algo más: esto es, la expansión continua de nuestra imaginación moral; una insistencia en que hay algo intrínseco que todos compartimos.

Al reducirse el mundo, uno pensaría que iba a ser más fácil que los seres humanos reconozcamos lo similares que somos; que comprendamos que todos nosotros queremos básicamente lo mismo; que todos anhelamos la oportunidad de vivir con cierto grado de felicidad y satisfacción para nosotros y nuestra familia.

Sin embargo, dado el vertiginoso ritmo de la globalización y la homogenización cultural promovida por la modernidad, no debería sorprendernos que la gente tema perder lo que aprecia de su identidad particular: su raza, su tribu y quizá más que nada, su religión. En algunos lugares, este temor ha producido conflictos. A veces, incluso parecemos estar retrocediendo. Lo vemos en el Oriente Medio, donde el conflicto entre

árabes y judíos parece estar agravándose. Lo vemos en los países donde las divisiones tribales causan estragos.

Y más peligroso aun, lo vemos en la manera en que se usa la religión para justificar el asesinato de inocentes por personas que han distorsionado y profanado la gran religión del Islam, y que atacaron a mi país desde Afganistán. Estos extremistas no son los primeros en matar en nombre de Dios; hay amplia constancia de las atrocidades de las Cruzadas. Pero nos recuerdan que ninguna Guerra Santa puede ser jamás una guerra justa, pues si uno realmente cree que cumple con la voluntad divina, entonces no hay necesidad de templanza, no hay necesidad de perdonarle la vida a una madre embarazada o a un asistente médico, o trabajador de la Cruz Roja, ni siquiera a una persona de la misma religión. Una perspectiva tan distorsionada de la religión no sólo es incompatible con el concepto de la paz, sino también creo que es incompatible con el propósito de la fe, pues la regla de vital importancia en todas las principales religiones es tratar a los demás como te gustaría que te traten a ti.

Cumplir con esta ley de amor siempre ha sido el foco en la lucha de la naturaleza humana. No somos infalibles. Cometemos errores y caemos presa de las tentaciones del orgullo y el poder, y a veces la maldad. Incluso aquellos de nosotros con las mejores intenciones a veces dejamos de rectificar los errores ante nosotros.

Pero no tenemos que pensar que la naturaleza humana es perfecta para continuar creyendo que se puede perfeccionar la condición humana. No tenemos que vivir en un mundo idealizado para seguir aspirando a los ideales que lo harían un lugar mejor. La no violencia que practicaban hombres como Gandhi y King quizá no sea práctica o posible en todas las circunstancias, pero el amor que predicaron, su fe en el progreso humano, siempre debe ser la estrella que nos guíe en nuestra travesía.

Pues si perdemos esa fe, si la descartamos como tonta o ingenua, si existe un divorcio entre ésta y las decisiones que tomamos sobre asuntos de guerra y paz... entonces perdemos lo mejor de nuestra humanidad. Perdemos nuestro sentido de lo que se puede lograr. Perdemos nuestro compás moral.

Al igual que las generaciones anteriores a la nuestra, debemos rechazar ese futuro. Como dijo el Dr. King en una ceremonia similar hace tantos años, “Me rehúso a aceptar la desesperanza como la respuesta final a la ambigüedad de la historia. Me rehúso a aceptar la idea de que la realidad actual de la naturaleza humana haga que el hombre sea moralmente incapaz de alcanzar las aspiraciones eternas que siempre enfrenta”.

Aspiremos al mundo que debería existir: esa chispa de divinidad que aún llevamos como inspiración en el alma. (Aplausos.)

Hoy en algún lugar, en estos precisos momentos, en el mundo como lo es, un soldado ve que alguien lo sobrepasa en potencia de fuego pero permanece firme para

mantener la paz. Hoy en algún lugar de este mundo, una joven manifestante aguarda la brutalidad de su gobierno, pero tiene la valentía de seguir marchando. Hoy en algún lugar, una madre enfrenta una pobreza devastadora pero de todos modos se da tiempo para enseñarle a su hijo, junta las pocas monedas que tiene para enviar a ese niño a la escuela porque cree que un mundo cruel todavía puede dar cabida a sus sueños.

Vivamos siguiendo su ejemplo. Podemos reconocer que la opresión siempre estará entre nosotros y aun así, esforzarnos por lograr la justicia. Podemos admitir la inflexibilidad de la depravación y aun así, esforzarnos por lograr la dignidad. De ojos abiertos, podemos comprender que habrá guerras y aun así, esforzarnos por lograr la paz. Podemos hacerlo, pues ésa es la historia del progreso humano; ésa es la esperanza de todo el mundo, y en este momento de desafíos, ésa debe ser nuestra labor aquí en la Tierra.

Muchas gracias.

*Annex 4***Metaphorical and non metaphorical contexts.**

The following table contains the metaphorical and non metaphorical contexts chosen with their corresponding original translation.

Metaphorical contexts	
Context	Translation
1. And the still waters of peace.	Y las tranquilas aguas de la paz.
2. The recriminations and worn out dogmas.	Las recriminaciones y los dogmas caducos.
3. But to lay a new foundation for growth.	Sino también para sentar nuevos cimientos para el crecimiento.
4. When imagination is joined to common purpose.	Cuando la imaginación se une al propósito común.
5. The market can spin out of control.	El mercado puede descontrolarse.
6. Security emanates from the justness of our cause.	Nuestra seguridad emana de la justicia de nuestra causa.
7. Roll back the specter of a warming planet.	Hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta.
8. We are shaped by every language and culture.	Nos caracterizamos por todos los idiomas y culturas.
9. Economies are wrecked, civil societies torn asunder.	Las economías se destruyen; las sociedades civiles se parten en pedazos.
10. Courage and sacrifice is full of glory.	El sacrificio está lleno de gloria
11. Piracy is joined by famine and human suffering.	La piratería va de la mano con la hambruna y el sufrimiento humano.
12. It is a centerpiece of my foreign policy.	Es el eje de mi política exterior.

13.	Peace is a hollow promise.	La paz es una promesa vana.
14.	Pent up grievances fester.	Los agravios que no se ventilan empeoran
15.	We can balance isolation and engagement.	Debemos tratar de hacer lo posible por mantener el equilibrio entre el ostracismo y la negociación.
16.	Common security hangs in the balance.	Nuestra seguridad común está en juego.
17.	The continued expansion of our moral imagination.	La expansión continúa de nuestra imaginación moral.
18.	That is a source of our strength.	Ésa es la fuente de nuestra fuerza.
19.	She poured everything she had into me.	Me transmitió todo lo que llevaba dentro.
20.	The stories that shaped my life.	Estas son las historias con las que me formé
21.	I will cut taxes for 95 percent.	Reduciré los impuestos, reduciré los impuestos, en un 95%.
22.	More ladders to success for young men.	Debemos ofrecer más oportunidades a los jóvenes.
23.	That's the essence of America's promise.	Esa es la esencia de la promesa americana
24.	When you've strained our oldest alliances.	Cuando has generado tanta tensión con nuestros más antiguos aliados.
25.	We are here to restore that legacy.	Estamos aquí para recuperar ese legado.
26.	I will also renew the tough, direct diplomacy.	Pero también renovaré la diplomacia dura y directa.
27.	An employer undercuts American wages.	Cuando un empresario recorta costes salariales.
28.	Find the strength and grace to bridge divides.	Encontrar la fuerza y la inspiración para colmar brechas.
29.	In light of the Cultural Revolution's horror's	En vista de los horrores de la Revolución Cultural
30.	Development rarely takes root without security.	El desarrollo rara vez echa raíces sin seguridad
31.	Our journey has never been one of short cuts.	Nuestro camino nunca ha sido de atajos.

32.	The stale political arguments that have consumed us.	Los viejos argumentos políticos que nos han consumido.
Non metaphorical Contexts		
Contexts		Translations
1.	I thank President Bush for his service.	Agradezco al presidente Bush por los servicios prestados
2.	Our health care is too costly.	Nuestro sistema de salud es demasiado costoso
3.	These are the indicators of crisis.	Estos son indicadores de la crisis
4.	There is work to be done.	Hay trabajo que hacer.
5.	And we will transform our schools.	Y transformaremos nuestras escuelas y colegios.
6.	We seek a new way.	Buscaremos un nuevo enfoque.
7.	They are serious and they are many.	Son graves y numerosos.
8.	That all are equal, all are free.	Somos iguales, todos somos libres.
9.	We are a nation of Christians and Muslims.	Somos una nación de cristianos y musulmanes.
10.	The snow was full of blood.	La nieve estaba teñida de sangre
11.	Treaties to protect human rights.	Los tratados para proteger los derechos humanos.
12.	Terrorism has long been a tactic.	El terrorismo no es una táctica nueva.
13.	I face the world as it is.	Enfrento al mundo como lo es.
14.	Whatever mistakes we have made.	Independientemente de los errores que hayamos cometido.
15.	There is no simple formula here.	No existe una fórmula simple
16.	Medicine they need to survive.	Medicamentos que necesitan para sobrevivir
17.	A job that supports a family.	Un empleo decente que mantenga a una familia
18.	To defend ourselves and all nations.	Defender a todas las naciones de ataques futuros.

19.	Some will kill. Some will be killed.	Algunos matarán. A otros los matarán.
20.	That war is sometimes necessary.	Que la guerra a veces es necesaria
21.	A consensus that sent a clear message.	Un consenso que envió un mensaje claro
22.	This is true in Afghanistan.	Ése es el caso en Afganistán.
23.	I understand why war is not popular.	Comprendo por qué la guerra no es popular
24.	When there is genocide in Darfur	Cuando hay genocidio en Darfur
25.	True peace is not just freedom from fear.	La paz verdadera no es solamente la falta de temor.
26.	What is that American promise?	¿Cuál es esa promesa?
27.	Our government should work for us.	Nuestro Gobierno debe trabajar para nosotros.
28.	That's the change we need right now.	Ese es el cambio que necesitamos ahora mismo.
29.	The relationship between war and peace.	La relación entre la Guerra y la paz
30.	In the wake of such destruction	Como consecuencia de esa destrucción
31.	We will build roads and bridges	Construiremos carreteras y puentes
32.	We will build electric grids.	Construiremos redes eléctricas.

Annex 5

Metaphorical and non metaphorical contexts with manipulated translations.

The following is a table with the metaphorical contexts and non metaphorical contexts whose translations have been manipulated for the purposes of the experiment.

Metaphorical contexts with manipulated translations		
Contexts	Translations	Manipulated Translation
1. The recriminations and worn out dogmas.	Las recriminaciones y los dogmas caducos.	<i>Las recriminaciones y los dogmas gastados.</i>
2. But to lay a new foundation for growth.	Sino también para sentar nuevos cimientos para el crecimiento.	<i>Sino para imponer nuevos cimientos de crecimiento</i>
3. The market can spin out of control.	El mercado puede descontrolarse.	<i>El mercado puede rotar con control.</i>
4. We are shaped by every language and culture.	Nos caracterizamos por todos los idiomas y culturas.	<i>Nos formamos en todos los idiomas y culturas</i>
5. Economies are wrecked, civil societies torn asunder.	Las economías se destruyen; las sociedades civiles se parten en pedazos.	<i>Las economías se derrumban; las sociedades civiles se quiebran</i>
6. Piracy is joined by famine and human suffering.	La piratería va de la mano con la hambruna y el sufrimiento humano.	<i>La piratería se une a la hambruna y al sufrimiento humano.</i>
7. We can balance isolation and engagement.	Debemos tratar de hacer lo posible por mantener el equilibrio entre el ostracismo y la negociación.	<i>Debemos ajustar el aislamiento y la negociación</i>
8. Common security hangs in the balance.	Nuestra seguridad común está en juego.	<i>Nuestra seguridad común se suspende.</i>
9. The continued expansion of our moral imagination.	La expansión continúa de nuestra imaginación moral.	<i>La expansión sigue a nuestra imaginación</i>

		<i>moral.</i>
10. She poured everything she had into me.	Me transmitió todo lo que llevaba dentro.	<i>Me transmitió todo dentro de ella</i>
11. I will cut taxes for 95 percent.	Reduciré los impuestos, reduciré los impuestos, en un 95%.	<i>Dejaré los impuestos en un 95%</i>
12. More ladders to success for young men.	Debemos ofrecer más oportunidades a los jóvenes.	<i>Ofreceremos más escaleras a los jóvenes.</i>
13. When you've strained our oldest alliances.	Cuando has generado tanta tensión con nuestros más antiguos aliados.	<i>Cuando se extendió la tensión a antiguos aliados.</i>
14. In light of Cultural Revolution's Horrors	En vista de los horrores de la Revolución Cultural	<i>Al aparecer los horrores de la Revolución Cultural.</i>
15. Development rarely takes root without security.	El desarrollo rara vez echa raíces sin seguridad.	<i>El desarrollo rara vez se enraíza a la seguridad</i>
16. Our journey has never been one of short cuts.	Nuestro camino nunca ha sido de atajos.	<i>Nuestro destino nunca ha sido de atajos.</i>
Non metaphorical contexts with manipulated translations		
Contexts	Translations	Manipulated Translation
1. I thank President Bush for his service.	Agradezco al presidente Bush por los servicios prestados	<i>Agradezco al presidente Bush por préstamo de servicios.</i>
2. There is work to be done.	Hay trabajo que hacer.	<i>Hay trabajo que sea hecho.</i>
3. We seek a new way.	Buscaremos un nuevo enfoque.	<i>Pediremos una nueva vía.</i>
4. The snow was full of blood.	La nieve estaba teñida de sangre.	<i>La nieve estaba sangrienta.</i>
5. Treaties to protect human rights.	Los tratados para proteger los derechos humanos.	<i>Los tratados que resisten los derechos humanos</i>
6. Whatever mistakes we have made.	Independientemente de los errores que hayamos cometido.	<i>No importan los errores que hayamos hecho.</i>

7.	Medicine they need to survive.	Medicamentos que necesitan para sobrevivir.	<i>Se necesitan medicamentos para sobrevivir</i>
8.	A job that supports a family.	Un empleo decente que mantenga a una familia.	<i>Un empleo decente que apoye la familia.</i>
9.	To defend ourselves and all nations.	Defender a todas las naciones de ataques futuros.	<i>Defender las naciones de ataques</i>
10.	A consensus was a clear message.	Un consenso que envió un mensaje claro.	<i>Se envió un mensaje claro por consenso</i>
11.	I understand why war is not popular.	Comprendo por qué la guerra no es popular.	<i>Infiero que la guerra no es popular</i>
12.	True peace is not just freedom from fear.	La paz verdadera no es solamente la falta de temor.	<i>La paz de verdad se convierte en falta de temor</i>
13.	Our government should work for us.	Nuestro Gobierno debe trabajar para nosotros.	<i>Nuestro gobierno debe operar a nosotros.</i>
14.	That's the change we need right now.	Ese es el cambio que necesitamos ahora mismo.	<i>Ese es el cambio que imploramos ahora.</i>
15.	In the wake of such destruction	Como consecuencia de esa destrucción.	<i>Como paso de la destrucción.</i>
16.	We will build roads and bridges	Construiremos carreteras y puentes.	<i>Ensamblaremos carreteras y puentes</i>

*Annex 6***Material for qualification by the panel of experts.**

The following table is how the material was presented for qualification to the panel of three experts.

Contexto	Traducción	Metafórico	No Metafórico	Traducción adecuada	Traducción No adecuada
1. And the still waters of peace.	Y las tranquilas aguas de la paz.				
2. The recriminations and worn out dogmas.	Las recriminaciones y los dogmas gastados.				
3. Security emanates from the justness of our cause.	La seguridad emana de la justicia de nuestra causa.				
4. But to lay a new foundation for growth	Sino para imponer nuevos cimientos de crecimiento.				
5. Our health care is too costly.	Nuestro sistema de salud es demasiado costoso.				
6. When imagination is joined to common purpose	Cuando la imaginación se une al propósito común.				
7. We will transform our schools.	Transformaremos nuestras escuelas y colegios.				
8. The market can spin out of control.	El mercado puede rotar con control.				
9. They are serious and they are many.	Son graves y numerosos.				

10. Roll back the specter of a warming planet.	Hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta.				
11. I face the world as it is.	Enfrento al mundo como lo es.				
12. Some will kill. Some will be killed.	Algunos matarán. A otros los matarán.				
13. Terrorism has long been a tactic.	El terrorismo no es una táctica nueva.				
14. We are shaped by every language and culture.	Nos formamos en todos los idiomas y culturas.				
15. The snow was full of blood	La nieve estaba sangrienta.				
16. Economies are wrecked, civil societies torn asunder.	Las economías se derrumban; las sociedades civiles se quiebran.				
17. I understand why war is not popular.	Infiero que la guerra no es popular.				
18. Courage and sacrifice is full of glory.	El sacrificio está lleno de gloria.				
19. Whatever mistakes we have made.	No importan los errores que hayamos hecho.				
20. Piracy is joined by famine and human suffering.	La piratería se une a la hambruna y al sufrimiento humano.				
21. When there is genocide in Darfur.	Cuando hay genocidio en Darfur.				
22. It is a centerpiece of my foreign policy.	Es el eje de mi política exterior.				
23. That all are equal, all are free.	Somos iguales, todos somos libres.				
24. Peace is a hollow promise.	La paz es una promesa vana.				

25. There is no simple formula here.	No existe una fórmula simple.				
26. Pent up grievances fester.	Los agravios que no se ventilan empeoran.				
27. To defend ourselves and all nations.	Defender las naciones de ataques.				
28. We can balance isolation and engagement.	Debemos ajustar el aislamiento y la negociación.				
29. We seek a new way.	Pediremos una nueva vía.				
30. Common security hangs in the balance.	Nuestra seguridad común se suspende.				
31. We are a nation of Christians and Muslims	Somos una nación de cristianos y musulmanes.				
32. That is the source of our strength.	Ésa es la fuente de nuestra fuerza.				
33. Treaties to protect human rights.	Los tratados que resisten los derechos humanos.				
34. She poured everything she had into me.	Me transmitió todo dentro de ella.				
35. True peace is not just freedom from fear	La paz verdadera se convierte en falta de temor.				
36. The stories that shaped my life.	Estas son las historias con las que me formé.				
37. Medicine they need to survive.	Se necesitan medicamentos para sobrevivir.				
38. I will cut taxes for 95 percent.	Dejaré los impuestos en un 95%.				
39. I thank President Bush for his service.	Agradezco al presidente Bush por préstamo de servicios.				
40. More ladders to success for young men.	Ofreceremos más escaleras a los jóvenes.				

41. A job that supports a family.	Un empleo decente que apoye la familia.				
42. That's the essence of America's promise.	Esa es la esencia de la promesa americana.				
43. In light of the Cultural Revolution's horrors.	Al aparecer los horrores de la Revolución Cultural.				
44. When you've strained our oldest alliances.	Cuando se extendió la tensión a antiguos aliados.				
45. That's the change we need right now.	Ese es el cambio que imploramos ahora.				
46. We are here to restore that legacy.	Estamos aquí para recuperar ese legado.				
47. A consensus was a clear message	Se envió un mensaje claro por consenso.				
48. I will also renew tough, direct diplomacy.	Pero también renovaré la diplomacia dura y directa.				
49. The continued expansion of our moral imagination.	La expansión sigue a nuestra imaginación moral.				
50. An employer who undercuts American wages.	Cuando un empresario recorta costes salariales.				
51. This is true in Afghanistan.	Ése es el caso en Afganistán.				
52. Our government should work for us	Nuestro Gobierno debe operar a nosotros.				
53. What is that American promise?	¿Cuál es esa promesa?				
54. The stale political arguments that have consumed us.	Los viejos argumentos políticos que nos han consumido.				
55. The relationship between war and peace.	La relación entre la guerra y la paz.				
56. Development rarely takes root without security.	El desarrollo rara vez se enraíza a la seguridad.				

57. War is sometimes necessary.	La guerra a veces es necesaria.				
58. Our journey has never been one of short-cuts.	Nuestro destino nunca ha sido de atajos.				
59. In the wake of such destruction.	Como paso de la destrucción.				
60. We will build roads and bridges.	Ensamblaremos carreteras y puentes.				
61. Find the strength and grace to bridge divides.	Encontrar la fuerza y la inspiración para colmar brechas.				
62. These are the indicators of crisis.	Estos son indicadores de la crisis				
63. There is work to be done.	Hay trabajo que sea hecho				
64. We will build electric grids.	Construiremos redes eléctricas.				

Annex 7

The material to introduce in the machine.

The following table is how the material was organized to introduce in the machine.

Aviso de Inicio	Contexto	Estímulo	Aviso de Respuesta	Metafora	Condición
(Contexto experimento)	(Primera parte de la frase)	(Segunda parte de la frase)	(Traducción)	(1. Metafora / 2. No metafora)	1, Metafora Congruente 2, Metafora No Congruente 3, No Metafora Congruente 4, No Metafora No Congruente
	And the still	waters of peace.	Y las tranquilas aguas de la paz.	1	1
	Security	emanates from justice	La seguridad emana de la justicia.	1	1
	When imagination is	joined to common purpose	Cuando la imaginación se une al propósito común.	1	1
	Roll back the	specter of a warming planet	Hacer retroceder el espectro del calentamiento del planeta.	1	1
	Courage and sacrifice	is full of glory.	El sacrificio está lleno de gloria.	1	1
	Piracy is	joined by famine and hardship	La piratería se une a la hambruna y al sufrimiento humano.	1	1
	It is a	centerpiece of my foreign policy	Es el eje de mi política exterior.	1	1
	Pent up	grievances fester.	Los agravios que no se ventilan empeoran.	1	1
	That is the	source of our strength.	Ésa es la fuente de nuestra fuerza.	1	1
	That's the	essence of America's promise	Esa es la esencia de la promesa americana.	1	1
	The stale political arguments	that have consumed us.	Los viejos argumentos políticos que nos han consumido.	1	1
	Our journey has never been	one of short-cuts.	Nuestro destino nunca ha sido de atajos.	1	1
	Find the strength and	grace to bridge divides.	Encontrar la fuerza y la inspiración para colmar brechas.	1	1
	When you've	strained our oldest alliances	Cuando se extendió la tensión a antiguos aliados.	1	1
	An employer who	undercuts American wages	Cuando un empresario recorta costes salariales.	1	1
	The recriminations and	worn out dogmas.	Las recriminaciones y los dogmas gastados.	1	2
	But to lay a	new foundation for growth	Sino para imponer nuevos cimientos de crecimiento.	1	2
	The market	can spin out of control.	El mercado puede rotar con control.	1	2
	Economies are	wrecked, civil societies tumble	Las economías se derrumban; las sociedades civiles se quiebran.	1	2
	She poured	everything she had into me	Me transmitió todo dentro de ella.	1	2
	More ladders	to success for young men	Ofreceremos más escaleras a los jóvenes.	1	2
	In light of	the Cultural Revolution's	Al aparecer los horrores de la Revolución Cultural.	1	2
	Development rarely	takes root without security	El desarrollo rara vez se enraíza a la seguridad.	1	2
	The snow was	full of blood.	La nieve estaba sangrienta.	1	2
	Common security	hangs in the balance.	Nuestra seguridad común se suspende.	1	2

Aviso de Inicio	Contexto	Estímulo	Aviso de Respuesta	Metafora	Condición
(Contexto experimento)	(Primera parte de la frase)	(Segunda parte de la frase)	(Traducción)	(1. Metafora / 2. No metafora)	1, Metafora Congruente 2, Metafora No Congruente 3, No Metafora Congruente 4, No Metafora No Congruente
	Our health care	is too costly.	Nuestro sistema de salud es demasiado costoso.	2	3
	We will transform	our schools.	Transformaremos nuestras escuelas y colegios.	2	3
	They are serious	and they are many.	Son graves y numerosos.	2	3
	Some will kill.	Some will be killed.	Algunos matarán. A otros los matarán.	2	3
	Terrorism has long	been a tactic.	El terrorismo no es una táctica nueva.	2	3
	Whatever mistakes	we have made.	No importan los errores que hayamos hecho.	2	3
	When there is	genocide in Darfur.	Cuando hay genocidio en Darfur.	2	3
	That all are equal,	all are free.	Somos iguales, todos somos libres.	2	3
	There is no simple	formula here.	No existe una fórmula simple.	2	3
	We are a nation	of Christians and Muslim	Somos una nación de cristianos y musulmanes.	2	3
	Medicine	they need to survive.	Se necesitan medicamentos para sobrevivir.	2	3
	I thank President Bush	for his service.	Gracias al presidente Bush por dar servicios.	2	3
	We are here	to restore that legacy.	Estamos aquí para recuperar ese legado.	2	3
	I will also renew	tough, direct diplomacy.	Pero también renovaré la diplomacia dura y directa.	2	3
	This is true	in Afghanistan.	Ése es el caso en Afganistán.	2	3
	What is that	American promise?	¿Cuál es esa promesa?	2	3
	War is sometimes	necessary.	La guerra a veces es necesaria.	2	3
	I understand	why war is not popular.	Infiero que la guerra no es popular.	2	4
	We seek	a new way.	Pediremos una nueva vía.	2	4
	True peace is not	just freedom from fear	La paz verdadera se convierte en falta de temor.	2	4
	I will cut taxes	for 95 percent.	Dejaré los impuestos en un 95%.	2	4
	A job that	supports a family.	Un empleo decente que apoye la familia.	2	4
	That's the change	we need right now.	Ese es el cambio que imploramos ahora.	2	4
	A consensus was	a clear message.	Se envió un mensaje claro por consenso.	2	4
	There is	work to be done.	Hay trabajo que sea hecho	2	4

Annex 8

Interview

1. How would you define the process of translation you went through during the experimental test?
2. What cognitive process did you most use while doing the task assigned (reading the contexts in English and choosing the adequate translation)?
3. What do you think of translating metaphors?
4. What is it important or different in the process of translating metaphors?